



Lecturas

Sexto grado

Lecturas

Sexto grado



EDUCACIÓN
SECRETARÍA DE EDUCACIÓN PÚBLICA

Lecturas. Sexto grado. Primaria fue elaborado y editado por la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública.

Secretaría de Educación Pública

Esteban Moctezuma Barragán

Subsecretaría de Educación Básica

Marcos Augusto Bucio Mújica

Dirección General de Materiales Educativos

Aurora Almudena Saavedra Solá

Compilación

Leopoldo Cervantes-Ortiz, Olga Correa Inostroza, Modesta García Roa, Adán Hernández Medellín, Laura Emilia Pacheco, Luis de la Peña, Luis Bernardo Pérez, Sharon De la Torre Monterrubio

Producción editorial

Martín Aguilar Gallegos

Preprensa

Cittali María del Socorro Rodríguez Merino

Portada

Diseño: Martín Aguilar Gallegos

Iconografía: Irene León Coxtinica

Imagen: *El tianguis* (detalle), 1923-1924, Diego Rivera (1886-1957), fresco, 4.59 × 2.40 m (panel izquierdo), ubicado en el Patio de las Fiestas, planta baja, D. R. © Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Proyectos Editoriales y Culturales/fotografía de Gerardo Landa Rojano; D. R. © 2021 Banco de México, Fideicomiso en el Fideicomiso relativo a los Museos Diego Rivera y Frida Kahlo. Av. 5 de Mayo No. 2, col. Centro, Cuauhtémoc, C. P. 06059, Ciudad de México; reproducción autorizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes y Literatura, 2021.

Servicios editoriales

Coordinación editorial

Olga Correa Inostroza

Cuidado de la edición

Sharon De la Torre Monterrubio

Diseño editorial

Magali Gallegos Vázquez

Diagramación

Juan José Colsa

Corrección

Julián Rodríguez

Corrección de pruebas

Sara Giambruno Roca, Antonio

Noel Gutiérrez González

Asistencia editorial

Gabriela Armillas Bojorges

Ilustración

Mariana Alcántara, Diego Álvarez, Israel Barrón, Patricio Betteo, Ángel Campos, Julián Cicero, Juan José Colsa, Julia Díaz Garrido, Isidro Esquivel, Jimena Estíbaliz, Ixchel Estrada, Ricardo Figueroa Cisneros, Claudia Legnazzi, Claudia Navarro, Gabriela Podestá, Tania Recio, Luis San Vicente, Mauricio Torres Rivera, Cuauhtémoc Wetzka, Richard Zela

Primera edición, 2020

Primera reimpresión, 2021 (ciclo escolar 2021-2022)

D. R. © Secretaría de Educación Pública, 2020,
Argentina 28, Centro,
06020, Ciudad de México

ISBN: 978-607-551-402-4

Impreso en México

DISTRIBUCIÓN GRATUITA-PROHIBIDA SU VENTA

Agradecimientos

La Secretaría de Educación Pública (SEP) agradece a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) y a la Academia Mexicana de la Lengua por su participación en la elaboración de este libro.

En los materiales dirigidos a las educadoras, las maestras, los maestros, las madres y los padres de familia de educación preescolar, primaria y secundaria, la SEP emplea los términos: niño(s), adolescente(s), jóvenes, alumno(s), educadora(s), maestro(s), profesor(es), docente(s) y padres de familia aludiendo a ambos géneros, con la finalidad de facilitar la lectura. Sin embargo, este criterio editorial no demerita los compromisos que la SEP asume en cada una de las acciones encaminadas a consolidar la equidad de género.

Presentación

Este libro de texto fue elaborado para cumplir con el anhelo compartido de que en el país se ofrezca una educación con equidad y excelencia, en la que todos los alumnos aprendan, sin importar su origen, su condición personal, económica o social, y en la que se promueva una formación centrada en la dignidad humana, la solidaridad, el amor a la patria, el respeto y cuidado de la salud, así como la preservación del medio ambiente.

En su elaboración han participado maestras y maestros, autoridades escolares, expertos y académicos; su participación hizo posible que este libro llegue a las manos de todos los estudiantes del país. Con las opiniones y propuestas de mejora que surjan del uso de esta obra en el aula se enriquecerán sus contenidos, por lo mismo los invitamos a compartir sus observaciones y sugerencias a la Dirección General de Materiales Educativos de la Secretaría de Educación Pública y al correo electrónico: librosdetexto@nube.sep.gob.mx.

Índice

Ser lectores	7
Mi vida con la ola. <i>Octavio Paz</i>	9
Diccionario poético 1. <i>Octavio Paz, Eduardo Lizalde, Rafael Alberti</i>	12
A México. <i>Juan de Dios Peza</i>	13
El camaleón. <i>Brunetto</i>	14
Verano. <i>Manuel Machado</i>	15
La abeja haragana. <i>Horacio Quiroga</i>	17
El viento llamó con golpecitos. <i>Emily Dickinson</i>	26
El gran cazo mágico. <i>Anónimo</i>	28
El corazón delator. <i>Edgar Allan Poe</i>	31
Suite del insomnio. <i>Xavier Villaurrutia</i>	33
Nuestra Señora de París. <i>Victor Hugo</i>	35
Al fondo de todo esto duerme un caballo. <i>Gonzalo Rojas</i>	37
El gato. <i>Juan García Ponce</i>	38
¿Qué son los átomos? <i>Marcus Chown</i>	40
Tikua xi sie. <i>Juan Gregorio Regino</i>	42
Caracoles cantores. <i>Juan Gregorio Regino</i>	43
El guardián de las puertas. <i>L. Frank Baum</i>	45
Otoño. <i>Rainer María Rilke</i>	48
Triángulo armónico. <i>Vicente Huidobro</i>	49
Los cangrejos caminan sobre la isla. <i>Anatoly Dneprov</i>	50
Cuánto se divertían. <i>Isaac Asimov</i>	55
Marinero en tierra. <i>Rafael Alberti</i>	61
El Chato Barrios. <i>Ángel de Campo</i>	63

Diccionario poético 2. <i>Paul Auster, Jorge Luis Borges, Jorge Cuesta</i>	71
Los cargadores del mundo. <i>Anónimo</i>	73
Llueve. <i>Guillaume Apollinaire</i>	75
Aves. <i>Lourdes Navarizo</i>	77
Una avispa sobre el agua. <i>Coral Bracho</i>	83
Wei Pang. <i>Anónimo</i>	85
Tres culebras míticas. <i>Fray Bernardino de Sahagún</i>	88
A una nariz. <i>Francisco de Quevedo</i>	91
La flor más grande del mundo. <i>José Saramago</i>	93
El bosque del haikú. <i>Elías Nandino, José D. Frías, José Juan Tablada,</i> <i>Aurora Reyes</i>	96
El origen del mundo. <i>Ovidio</i>	98
Animales fabulosos y demonios. <i>Henry Doré</i>	100
El verano del cohete. <i>Ray Bradbury</i>	102
Microrrelatos 1. <i>Augusto Monterroso, Chuang Tzu</i>	104
Escrito con tinta verde. <i>Octavio Paz</i>	105
La pequeña luciérnaga. <i>Anónimo</i>	107
La luna. <i>Jaime Sabines</i>	110
El alux del cenote. <i>Anónimo</i>	113
El viaje. <i>Charles Baudelaire</i>	115
Chingolo. <i>Silvina Ocampo</i>	117
Paz. <i>Alfonsina Storni</i>	121
La conducta de los pájaros. <i>Len Howard</i>	122
Natsiká. <i>Celerina Patricia Sánchez Santiago</i>	124
Viaje. <i>Celerina Patricia Sánchez Santiago</i>	125
El león y el perrito. <i>León Tolstói</i>	126
Apuntes para mis hijos. <i>Benito Juárez</i>	129
Poesía. <i>Irma Pineda Santiago</i>	133
Microrrelatos 2. <i>Jorge Luis Borges, Lewis Carroll</i>	134

En lo alto. <i>Eliseo Diego</i>	135
El niño de junto al cielo. <i>Enrique Congrains Martín</i>	136
Luciérnagas. <i>Gioconda Belli</i>	138
El origen de las diferencias entre los mayas. <i>Rosario Castellanos</i>	141
El conde de Montecristo. <i>Alejandro Dumas</i>	144
La calle. <i>Octavio Paz</i>	146
Tejiendo la mañana. <i>João Cabral de Melo Neto</i>	147
La luz es como el agua. <i>Gabriel García Márquez</i>	149
Glosario	154
Bibliografía	156
Créditos iconográficos	159

Ser lectores

En este libro, como en otros de texto, hay algunas palabras que aparecen destacadas. Al final, en una sección que se titula *Glosario*, esas palabras están acomodadas en una lista, en orden alfabético, y van acompañadas de su significado, de lo que quieren decir según están usadas en este libro. Porque las palabras no significan siempre lo mismo: una cosa es decir *tengo dos manos* y otra, muy diferente, *le aplicamos a la mesa dos manos de pintura*, y así sucesivamente (¿se te ocurre otra?).

El Glosario es una parte importantísima de tu libro. Porque lo más importante de leer es *entender* lo que se lee. Cuando no comprendemos una frase, un párrafo, la página de algún libro, no estamos leyendo, estamos simulando, hacemos como que leemos. Así, nuestra mayor preocupación debe ser entender, comprender las palabras que tenemos enfrente y lo que dicen cuando se juntan.

¿Y si nos encontramos una palabra que no entendemos y resulta que no viene en el Glosario? Pues debemos ir a un diccionario. Para que los diccionarios nos sirvan, hace falta que aprendamos a usarlos. Por eso, al abrir uno deberíamos estar acompañados por nuestra madre, o nuestro padre, o por alguna o alguno de nuestros maestros, o alguien que sepa usarlo. Ayuda, para aprender a manejarlos, que nuestras visitas a ellos sean frecuentes; así como que nos acostumbremos a leer todos los días, por un buen rato, además de los libros de texto, otros sobre temas que nos interesan: los animales, los planetas, los mayas, los grandes músicos o inventores... cuentos, novelas y poemas.

Si lees todos los días, si te esfuerzas por entender todo lo que llegue a tus manos, tus conocimientos y tu comprensión seguirán creciendo. Y este libro te será especialmente útil para que avances en esa dirección.

Felipe Garrido
Académico de número
Academia Mexicana de la Lengua



Mi vida con la ola

Octavio Paz

Cuando dejé aquel mar, una ola se adelantó entre todas. Era esbelta y ligera. A pesar de los gritos de las otras, que la detenían por el vestido flotante, se colgó de mi brazo y se fue conmigo saltando. No quise decirle nada, porque me daba pena avergonzarla ante sus compañeras. Además, las miradas coléricas de las mayores me paralizaron. Cuando llegamos al pueblo, le expliqué que no podía ser, que la vida en la ciudad no era lo que ella pensaba en su ingenuidad de ola que nunca ha salido del mar. Me miró seria: No, su decisión estaba tomada. No podía volver. Intenté dulzura, dureza, ironía. Ella lloró, gritó, acarició, amenazó. Tuve que pedirle perdón.

Al día siguiente empezaron mis penas. ¿Cómo subir al tren sin que nos vieran el conductor, los pasajeros, la policía? Es cierto que los reglamentos no dicen nada respecto al transporte de olas en los ferrocarriles, pero esa misma reserva era un indicio de la severidad con que se juzgaría nuestro acto. Tras de mucho **cavilar** me presenté en la estación una hora antes de la salida, ocupé mi asiento y, cuando nadie me veía, vacié el depósito de agua para los pasajeros; luego, cuidadosamente, vertí en él a mi amiga.

El primer incidente surgió cuando los niños de un matrimonio vecino declararon su ruidosa sed. Les salí al paso y les prometí refrescos y limonadas. Estaban a punto de aceptar cuando se acercó otra sedienta. Quise invitarla también, pero la mirada de su acompañante me detuvo. La señora tomó un vasito de papel, se acercó al depósito y abrió la llave. Apenas estaba a medio llenar el vaso cuando me interpuse de un salto

entre ella y mi amiga. La señora me miró con asombro. Mientras pedía disculpas, uno de los niños volvió a abrir el depósito. Lo cerré con violencia. La señora se llevó el vaso a los labios:

—Ay, el agua está salada.

El niño le hizo eco. Varios pasajeros se levantaron. El marido llamó al conductor:

—Este individuo echó sal al agua.

El conductor llamó al inspector:

—¿Conque usted echó sustancias en el agua?

El inspector llamó al policía en turno:

—¿Conque usted echó veneno al agua?

El policía en turno llamó al capitán:

—¿Conque usted es el envenenador?

El capitán llamó a tres agentes. Los agentes me llevaron a un vagón solitario, entre las miradas y los cuchicheos de los pasajeros. En la primera




estación me bajaron y a empujones me arrastraron a la cárcel. Durante días no se me habló, excepto durante los largos interrogatorios. Cuando contaba mi caso nadie me creía, ni siquiera el carcelero, que movía la cabeza, diciendo: “El asunto es grave, verdaderamente grave. ¿No había querido envenenar a unos niños?”. Una tarde me llevaron ante el procurador.

—Su asunto es difícil —repitió—. Voy a consignarlo al juez penal.

Así pasó un año. Al fin me juzgaron. Como no hubo víctimas, mi condena fue ligera. Al poco tiempo, llegó el día de la libertad.

El jefe de la prisión me llamó:

—Bueno, ya está libre. Tuvo suerte. Gracias a que no hubo desgracias. Pero que no se vuelva a repetir, porque la próxima le costará caro...

Y me miró con la misma mirada seria con que todos me veían. 



Diccionario poético 1

Amor: Isla sin horas,
isla rodeada de tiempo,
claridad
sitiada de noche.

Octavio Paz



Verso: Una víbora de agua que brilla unos instantes
y se esconde en un pliegue inesperado.

Eduardo Lizalde

Pintura: A ti, forma; color, sonoro empeño.

Rafael Alberti



A México

Juan de Dios Peza

En las últimas desgracias de España

Allá del revuelto mar
Tras los secos arenales,
Donde sus limpios cristales
Las ondas van a estrellar;
Donde en lucha singular
Disputando la fortuna
Las ciudades una a una
De sus guerreros el **brío**,
Mostraron su poderío,
La cruz y la media luna.



El camaleón

Brunetto

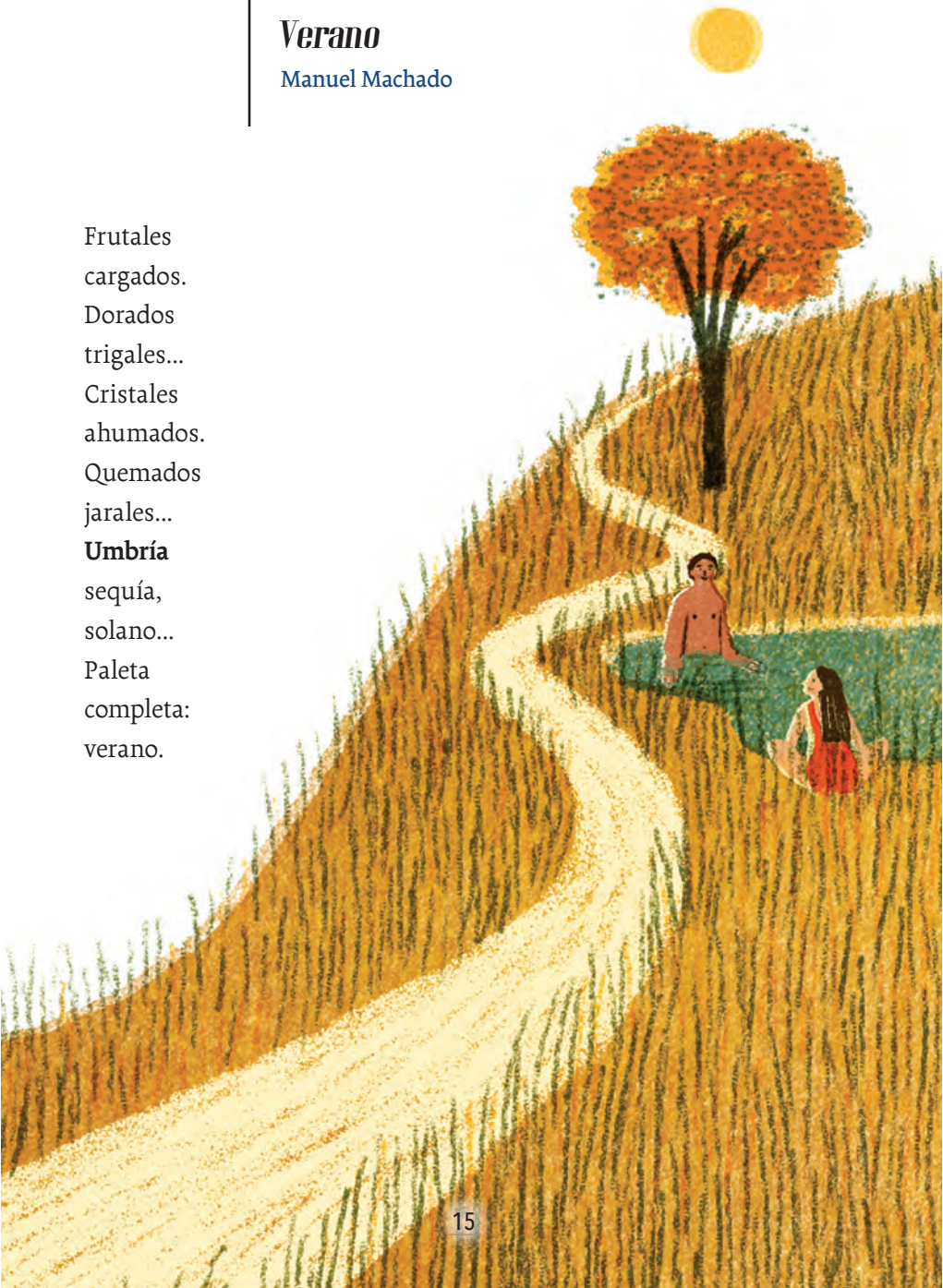
El camaleón es una bestia que nace en Asia, y allí abunda. Su cabeza es parecida a la del lagarto, pero tiene las patas rectas y largas, y las garras duras y afiladas, y la cola grande y enroscada. Camina tan despacio como una tortuga, y tiene la piel dura, como de cocodrilo; tiene los ojos feroces, muy hundidos en la cabeza, y no los mueve en una y otra dirección: por eso no ve de costado, sino que mira derecho delante de él. Y su naturaleza es tremendamente prodigiosa, pues no come ni bebe cosa alguna, sino que vive únicamente del aire que aspira. Y su color es tan cambiante que, en cuanto toca alguna cosa, toma el color de ésta y se vuelve del mismo tono, menos si es rojo o blanco, pues son dos colores que no puede imitar. Y sabed que en su cuerpo no hay carne ni sangre, salvo en el corazón, donde hay un poco. En invierno permanece escondido, y en verano, cuando sale, lo mata un pájaro llamado *corax* [cuervo]; pero si este pájaro come de él, está condenado a morir, salvo que se libre con una hoja de laurel. 🍃



Verano

Manuel Machado

Frutales
cargados.
Dorados
trigales...
Cristales
ahumados.
Quemados
jarales...
Umbría
sequía,
solano...
Paleta
completa:
verano.







La abeja haragana

Horacio Quiroga

Había una vez en una colmena una abeja que no quería trabajar, es decir, recorría los árboles uno por uno para tomar el jugo de las flores; pero en vez de conservarlo para convertirlo en miel, se lo tomaba del todo. Era, pues, una abeja haragana.

Todas las mañanas apenas el sol calentaba el aire, la abejita se asomaba a la puerta de la colmena, veía que hacía buen tiempo, se peinaba con las patas, como hacen las moscas, y echaba entonces a volar, muy contenta del lindo día. Zumbaba muerta de gusto de flor en flor, entraba en la colmena, volvía a salir, y así se lo pasaba todo el día mientras las otras abejas se mataban trabajando para llenar la colmena de miel, porque la miel es el alimento de las abejas recién nacidas.

Como las abejas son muy serias, comenzaron a disgustarse con el proceder de la hermana haragana. En la puerta de las colmenas hay siempre unas cuantas abejas que están de guardia para cuidar que no entren bichos en la colmena. Estas abejas suelen ser muy viejas, con gran experiencia de la vida y tienen el lomo pelado porque han perdido todos los pelos al rozar contra la puerta de la colmena.

Un día, pues, detuvieron a la abeja haragana cuando iba a entrar, diciéndole:

—Compañera: es necesario que trabajes, porque todas las abejas debemos trabajar.

La abejita contestó:

—Yo ando todo el día volando, y me canso mucho.

—No es cuestión de que te canses mucho —respondieron—, sino de que trabajes un poco. Es la primera advertencia que te hacemos.

Y diciendo así la dejaron pasar.

Pero la abeja haragana no se corregía. De modo que a la tarde siguiente las abejas que estaban de guardia le dijeron:

—Hay que trabajar, hermana.

Y ella respondió en seguida:

—¡Uno de estos días lo voy a hacer!

—No es cuestión de que lo hagas uno de estos días —le respondieron—, sino mañana mismo. Acuérdate de esto. Y la dejaron pasar.

Al anochecer siguiente se repitió la misma cosa. Antes de que le dijeran nada, la abejita exclamó:

—¡Sí, sí, hermanas! ¡Ya me acuerdo de lo que he prometido!

—No es cuestión de que te acuerdes de lo prometido —le respondieron—, sino de que trabajes. Hoy es diecinueve de abril. Pues bien: trata de que mañana veinte, hayas traído una gota siquiera de miel. Y ahora, pasa.

Y diciendo esto, se apartaron para dejarla entrar.

Pero el veinte de abril pasó en vano como todos los demás. Con la diferencia de que al caer el sol el tiempo se descompuso y comenzó a soplar un viento frío.



La abejita haragana voló apresurada hacia su colmena, pensando en lo calentito que estaría allá adentro. Pero cuando quiso entrar, las abejas que estaban de guardia se lo impidieron.

—¡No se entra! —le dijeron fríamente.

—¡Yo quiero entrar! —clamó la abejita—. Ésta es mi colmena.

—Ésta es la colmena de unas pobres abejas trabajadoras —le contestaron las otras—. No hay entrada para las haraganas.

—¡Mañana sin falta voy a trabajar! —insistió la abejita.

—No hay mañana para las que no trabajan —respondieron las abejas, que saben mucha filosofía.

Y diciendo esto la empujaron afuera.

La abejita, sin saber qué hacer, voló un rato aún; pero ya la noche caía y se veía apenas. Quiso cogerse de una hoja, y cayó al suelo. Tenía el cuerpo entumecido por el aire frío, y no podía volar más.

Arrastrándose entonces por el suelo, trepando y bajando de los palitos y piedritas, que le parecían montañas, llegó a la puerta de la colmena, a tiempo que comenzaban a caer frías gotas de lluvia.

—¡Ay, mi Dios! —clamó la desamparada—. Va a llover, y me voy a morir de frío.

Intentó entrar en la colmena.

Pero de nuevo le cerraron el paso.

—¡Perdón! —gimió la abeja—. ¡Déjenme entrar!

—Ya es tarde —le respondieron.

—¡Por favor, hermanas! ¡Tengo sueño!

—Es más tarde aún.

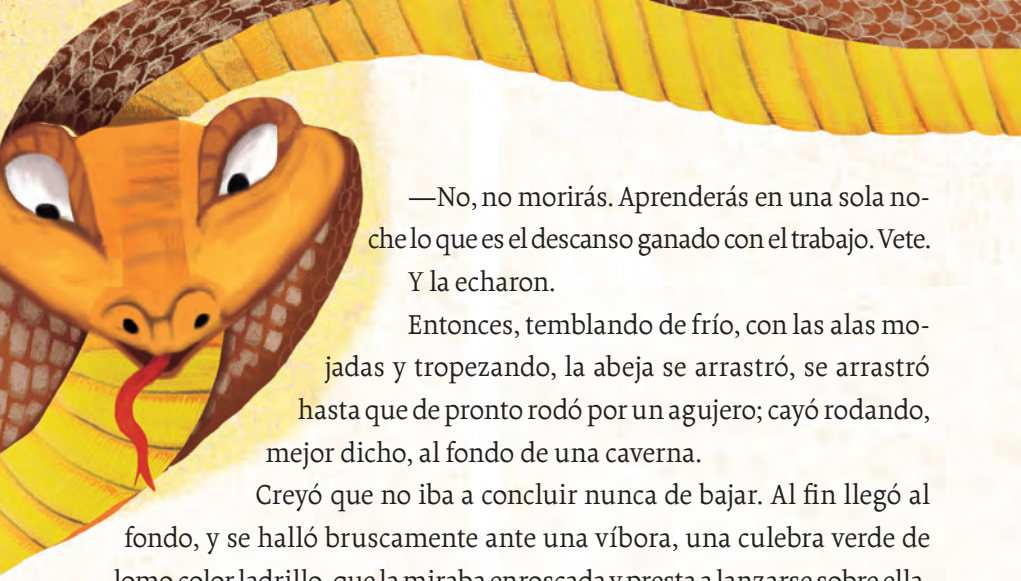
—¡Compañeras, por piedad! ¡Tengo frío!

—Imposible.

—¡Por última vez! ¡Me voy a morir!

Entonces le dijeron:





—No, no morirás. Aprenderás en una sola noche lo que es el descanso ganado con el trabajo. Vete. Y la echaron.

Entonces, temblando de frío, con las alas mojadas y tropezando, la abeja se arrastró, se arrastró hasta que de pronto rodó por un agujero; cayó rodando, mejor dicho, al fondo de una caverna.

Creó que no iba a concluir nunca de bajar. Al fin llegó al fondo, y se halló bruscamente ante una víbora, una culebra verde de lomo color ladrillo, que la miraba enroscada y presta a lanzarse sobre ella.

En verdad, aquella caverna era el hueco de un árbol que habían trasplantado hacía tiempo, y que la culebra había elegido de guarida.

Las culebras comen abejas, que les gustan mucho. Por eso la abejita, al encontrarse ante su enemiga, murmuró cerrando los ojos:

—¡Adiós mi vida! Ésta es la última hora que yo veo la luz.

Pero con gran sorpresa suya, la culebra no solamente no la devoró sino que le dijo:

—¿Qué tal, abejita? No has de ser muy trabajadora para estar aquí a estas horas.

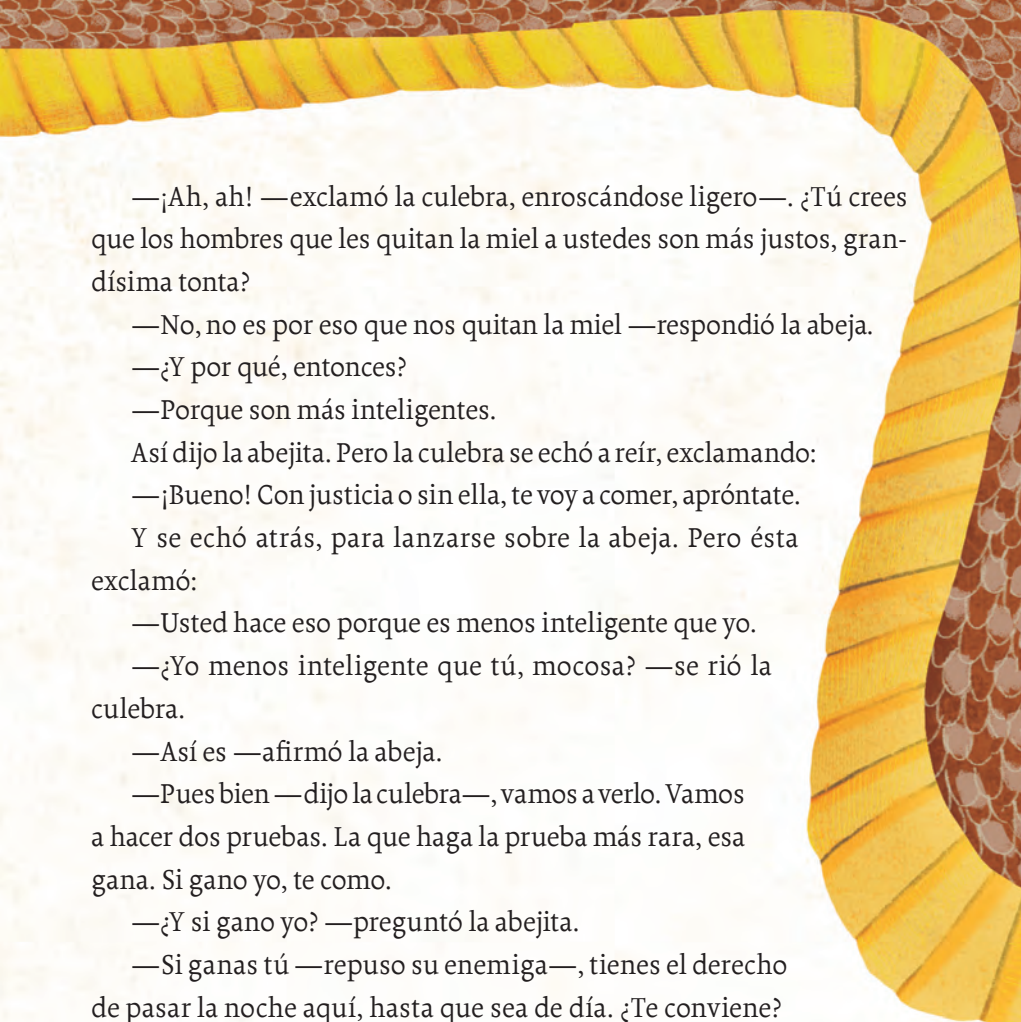
—Es cierto —murmuró la abeja—. No trabajo, y yo tengo la culpa.

—Siendo así —agregó la culebra, burlona—, voy a quitar del mundo a un mal bicho como tú. Te voy a comer, abeja.

La abeja, temblando, exclamó entonces:

—¡No es justo eso, no es justo! No es justo que usted me coma porque es más fuerte que yo. Los hombres saben lo que es justicia.





—¡Ah, ah! —exclamó la culebra, enroscándose ligero—. ¿Tú crees que los hombres que les quitan la miel a ustedes son más justos, grandísima tonta?

—No, no es por eso que nos quitan la miel —respondió la abeja.

—¿Y por qué, entonces?

—Porque son más inteligentes.

Así dijo la abejita. Pero la culebra se echó a reír, exclamando:

—¡Bueno! Con justicia o sin ella, te voy a comer, apróntate.

Y se echó atrás, para lanzarse sobre la abeja. Pero ésta exclamó:

—Usted hace eso porque es menos inteligente que yo.

—¿Yo menos inteligente que tú, mocosa? —se rió la culebra.

—Así es —afirmó la abeja.

—Pues bien —dijo la culebra—, vamos a verlo. Vamos a hacer dos pruebas. La que haga la prueba más rara, esa gana. Si gano yo, te como.

—¿Y si gano yo? —preguntó la abejita.

—Si ganas tú —repuso su enemiga—, tienes el derecho de pasar la noche aquí, hasta que sea de día. ¿Te conviene?

—Aceptado —contestó la abeja.

La culebra se echó a reír de nuevo, porque se le había ocurrido una cosa que jamás podría hacer una abeja. Y he aquí lo que hizo:

Salió un instante afuera, tan velozmente que la abeja no tuvo tiempo de nada. Y volvió trayendo una cápsula de semillas de eucalipto, de un eucalipto que estaba al lado de la colmena y que le daba sombra.

Los muchachos hacen bailar como trompos esas cápsulas, y les llaman trompitos de eucalipto.

—Esto es lo que voy a hacer —dijo la culebra—. ¡Fíjate bien, atención!

Y arrollando vivamente la cola alrededor del trompito como un piolín la desenvolvió a toda velocidad, con tanta rapidez que el trompito quedó bailando y zumbando como un loco.

La culebra se reía, y con mucha razón, porque jamás una abeja ha hecho ni podrá hacer bailar a un trompito. Pero cuando el trompito, que se había quedado dormido zumbando, como les pasa a los trompos de naranjo, cayó por fin al suelo, la abeja dijo:

—Esa prueba es muy linda, y yo nunca podré hacer eso.

—Entonces, te como —exclamó la culebra.

—¡Un momento! Yo no puedo hacer eso: pero hago una cosa que nadie hace.





—¿Qué es eso?

—Desaparecer.

—¿Cómo? —exclamó la culebra, dando un salto de sorpresa—.
¿Desaparecer sin salir de aquí?

—Sin salir de aquí.

—¿Y sin esconderte en la tierra?

—Sin esconderme en la tierra.

—Pues bien, ¡hazlo! Y si no lo haces, te como en seguida —dijo la culebra.

El caso es que mientras el trompito bailaba, la abeja había tenido tiempo de examinar la caverna y había visto una plantita que crecía allí. Era un arbustillo, casi un **yuyito**, con grandes hojas del tamaño de una moneda de dos centavos.

La abeja se arrimó a la plantita, teniendo cuidado de no tocarla, y dijo así:

—Ahora me toca a mí, señora culebra. Me va a hacer el favor de darse vuelta, y contar hasta tres. Cuando diga “tres”, búsqieme por todas partes, ¡ya no estaré más!

Y así pasó, en efecto. La culebra dijo rápidamente: “uno..., dos..., tres”, y se volvió y abrió la boca cuan grande era, de sorpresa: allí no había nadie. Miró arriba, abajo, a todos lados, recorrió los rincones, la plantita, tanteó todo con la lengua. Inútil: la abeja había desaparecido.

La culebra comprendió entonces que si su prueba del trompito era muy buena, la prueba de la abeja era simplemente extraordinaria. ¿Qué se había hecho?, ¿dónde estaba?

No había modo de hallarla.

—¡Bueno! —exclamó por fin—. Me doy por vencida. ¿Dónde estás?

Una voz que apenas se oía —la voz de la abejita— salió del medio de la cueva.

—¿No me vas a hacer nada? —dijo la voz—. ¿Puedo contar con tu juramento?

—Sí —respondió la culebra—. Telo juro. ¿Dónde estás?

—Aquí —respondió la abejita, apareciendo súbitamente de entre una hoja cerrada de la plantita.

¿Qué había pasado? Una cosa muy sencilla: la plantita en cuestión era una sensitiva, muy común también aquí en Buenos Aires, y que tiene la particularidad de que sus hojas se cierran al menor contacto. Solamente que esta aventura pasaba en Misiones, donde la vegetación es muy rica, y por lo tanto muy grandes las hojas de las sensitivas. De aquí que al contacto de la abeja, las hojas se cerraran, ocultando completamente al insecto.

La inteligencia de la culebra no había alcanzado nunca a darse cuenta de este fenómeno; pero la abeja lo había observado, y se aprovechaba de él para salvar su vida.

La culebra no dijo nada, pero quedó muy irritada con su derrota, tanto que la abeja pasó toda la noche recordando a su enemiga la promesa que había hecho de respetarla.

Fue una noche larga, interminable, que las dos pasaron arrimadas contra la pared más alta de la caverna, porque la tormenta se había desencadenado, y el agua entraba como un río adentro.

Hacía mucho frío, además, y adentro reinaba la oscuridad más completa. De cuando en cuando la culebra sentía impulsos de lanzarse sobre la abeja, y ésta creía entonces llegado el término de su vida.





Nunca, jamás, creyó la abejita que una noche podría ser tan fría, tan larga, tan horrible. Recordaba su vida anterior, durmiendo noche tras noche en la colmena, bien calentita, y lloraba entonces en silencio.

Cuando llegó el día, y salió el sol, porque el tiempo se había compuesto, la abejita voló y lloró otra vez en silencio ante la puerta de la colmena hecha por el esfuerzo de la familia. Las abejas de guardia la dejaron pasar sin decirle nada, porque comprendieron que la que volvía no era la paseandera haragana, sino una abeja que había hecho en sólo una noche un duro aprendizaje de la vida.

Así fue, en efecto. En adelante, ninguna como ella recogió tanto polen ni fabricó tanta miel. Y cuando el otoño llegó, y llegó también el término de sus días, tuvo aún tiempo de dar una última lección antes de morir a las jóvenes abejas que la rodeaban:

—No es nuestra inteligencia, sino nuestro trabajo quien nos hace tan fuertes. Yo usé una sola vez de mi inteligencia, y fue para salvar mi vida. No habría necesitado de ese esfuerzo, si hubiera trabajado como todas. Me he cansado tanto volando de aquí para allá, como trabajando. Lo que me faltaba era la noción del deber, que adquirí aquella noche. Trabajen, compañeras, pensando que el fin a que tienden nuestros esfuerzos —la felicidad de todos— es muy superior a la fatiga de cada uno. A esto los hombres llaman ideal, y tienen razón. No hay otra filosofía en la vida de un hombre y de una abeja. 🍯

El viento llamó con golpecitos

Emily Dickinson

El viento llamó con golpecitos,
como un hombre cansado.
Y, como una anfitriona, yo
contesté resuelta “Entra”.
Entró entonces en mi habitación.

Un veloz convidado, sin pies,
a quien ofrecer una silla
era tan imposible
como ofrecer un sofá al aire.



No tenía huesos que lo sostuvieran.
Su hablar era como la arremetida
de numerosos colibríes a la vez,
desde un fabuloso arbolillo.

Su apariencia, la de una ola.
Sus dedos, al pasar,
producían una música, como melodías
que salían **trémulas** de un cristal.

Hizo la visita, también revoloteando;
luego, como un hombre tímido,
dio de nuevo unos golpecitos, de forma presurosa;
y yo me quedé sola.



El gran cazo mágico

Anónimo

Un labrador muy pobre estaba arando su campo cuando, de pronto, su arado de madera se quebró al chocar con un objeto duro. Era un enorme cazo. Se lo llevó con él para recompensar la avería. Al llegar a su casa, su esposa lo insultó por el accidente.

El labrador iba contando dinero, tropezó con el cazo y las monedas cayeron dentro de él. Al inclinarse para recogerlas vio que estaban multiplicadas y, al sacarlas, otras monedas iguales estaban dentro. Se dio cuenta de que el cazo era mágico.



Un vecino se enteró del hallazgo del labrador y lo acusó ante un juez de haber encontrado el cazo en su terreno. El juez les pidió que explicaran el asunto y, al enterarse de la virtud del cazo, decidió confiscarlo para quedarse con él. El labrador y su vecino le platicaron a toda la gente la actitud codiciosa del juez.

El padre del juez oyó lo que de su hijo se decía y fue a reprenderlo. El juez le dijo: “Pero es que no se trata de un cazo común. Ven y te lo mostraré”. En cuanto el padre escuchó lo que hacía el cazo mágico, metió en él monedas y estuvo sacándolas y metiéndolas con una **avidez** incontenible. Después de mucho tiempo de meter y sacar monedas se inclinó tanto que cayó en el cazo. El juez fue en ayuda de su padre y lo sacó, pero otro padre idéntico ya estaba ahí quejándose y pidiéndole que lo sacara.

El juez estuvo sacando padres y padres toda su vida, a quienes tenía que rendir tributo para no faltar a sus deberes filiales. 🖋





El corazón delator


Edgar Allan Poe

¡Es cierto! Siempre he sido nervioso, muy nervioso, terriblemente nervioso. ¿Pero por qué afirman ustedes que estoy loco? La enfermedad había agudizado mis sentidos, en vez de destruirlos o embotarlos. Y mi oído era el más agudo de todos. Oía todo lo que puede oírse en la tierra y en el cielo. Muchas cosas oí en el infierno. ¿Cómo puedo estar loco, entonces? Escuchen... y observen con cuánta cordura, con cuánta tranquilidad les cuento mi historia.

Me es imposible decir cómo aquella idea me entró en la cabeza por primera vez; pero, una vez concebida, me acosó noche y día. Yo no perseguía ningún propósito. Ni tampoco estaba colérico. Quería mucho al viejo. Jamás me había hecho nada malo. Jamás me insultó. Su dinero no me interesaba. Me parece que fue su ojo. ¡Sí, eso fue! Tenía un ojo semejante al de un buitre... Un ojo celeste, y velado por una tela. Cada vez que lo clavaba en mí se me helaba la sangre. Y así, poco a poco, muy gradualmente, me fui decidiendo a matar al viejo y librarme de aquel ojo para siempre.

Presten atención ahora. Ustedes me toman por loco. Pero los locos no saben nada. En cambio... ¡Si hubieran podido verme! ¡Si hubieran podido ver con qué habilidad procedí! ¡Con qué cuidado... con qué previsión... con qué disimulo me puse a la obra! Jamás fui más amable con el viejo que la semana antes de matarlo. Todas las noches, hacia las doce, hacía yo girar el picaporte de su puerta y la abría... ¡oh, tan suavemente! Y entonces, cuando la abertura era lo bastante grande para pasar la cabeza, levantaba una linterna sorda, cerrada, completamente cerrada,



de manera que no se viera ninguna luz y tras ella pasaba la cabeza. ¡Oh, ustedes se hubieran reído al ver cuán astutamente pasaba la cabeza! La movía lentamente... muy, muy lentamente, a fin de no perturbar el sueño del viejo. Me llevaba una hora entera introducir completamente la cabeza por la abertura de la puerta, hasta verlo tendido en su cama. ¿Eh? ¿Es que un loco hubiera sido tan prudente como yo? Y entonces, cuando tenía la cabeza completamente dentro del cuarto, abría la linterna cuidadosamente... ¡oh, tan cuidadosamente! Sí, cuidadosamente iba abriendo la linterna (pues crujían las bisagras), la iba abriendo lo suficiente para que un solo rayo de luz cayera sobre el ojo de buitre. Y esto lo hice durante siete largas noches... cada noche, a las doce... pero siempre encontré el ojo cerrado, y por eso me era imposible cumplir mi obra, porque no era el viejo quien me irritaba, sino el mal de ojo. Y por la mañana, apenas iniciado el día, entraba sin miedo en su habitación y le hablaba resueltamente, llamándolo por su nombre con voz cordial y preguntándole cómo había pasado la noche. Ya ven ustedes que tendría que haber sido un viejo muy astuto para sospechar que todas las noches, justamente a las doce, iba yo a mirarlo mientras dormía. 



Suite del insomnio

Xavier Villaurrutia

Espejo

Ya nos dará la luz,
mañana, como siempre,
un rincón que copiar
exacto, eterno.

Eco

La noche juega con los ruidos
copiándolos en sus espejos de
sonidos.

Alba

Lenta y morada
pone ojeras en los cristales
y en la mirada.



Nuestra Señora de París


Victor Hugo

Desde entonces al año de 1482, Quasimodo había crecido. Era, desde hacía algunos años, campanero de Nuestra Señora.

Es innecesario advertir al lector que no debe tomar al pie de la letra las imágenes que nos vemos obligados a emplear para describir este acoplamiento singular, simétrico, inmediato, casi consustancial, de un hombre y un edificio. Es inútil decir también hasta qué punto se había familiarizado con la catedral en una tan larga y tan íntima cohabitación. Aquella morada le era propia. No tenía recoveco en el que Quasimodo no hubiera penetrado ni altura a la que no hubiera subido. Más de una vez había escalado varios pisos de la fachada ayudándose únicamente de los salientes de tallas y esculturas. Las torres, por cuya superficie exterior se le veía a veces trepar como un lagarto que sube por un muro perpendicular, aquel par de gigantes gemelas, tan altas, tan amenazadoras, tan temibles, no le causaban vértigo, ni terror, ni **vahídos**. Viéndolas tan suaves bajo sus manos, tan fáciles de escalar, se diría que las había domesticado. A fuerza de saltar, de trepar, de jugar entre los abismos de la gigantesca catedral, se había convertido en cierto modo en mono y en cabra montés, como el niño **calabrés** que nada antes de saber andar, y juega, desde muy pequeño, con el mar.

Además, no era sólo su cuerpo el que parecía haberse moldeado según la catedral, sino su alma. En qué estado estaba aquella alma, qué pliegue había tomado, qué forma había adoptado bajo aquella envoltura nudosa, en aquella vida salvaje, es cosa difícil de determinar. Quasimodo había nacido tuerto, jorobado, cojo. Tan sólo a fuerza de paciencia Frollo

había logrado enseñarle a hablar. Pero una fatalidad estaba unida al pobre **expósito**. Compañero de Nuestra Señora a los catorce años, un nuevo defecto había venido a completarle: las campanas le habían roto el tímpano, se había quedado sordo. La única puerta que la naturaleza había dejado abierta para su comunicación con el mundo se había cerrado bruscamente y para siempre.

Al cerrarse interceptó el único rayo de alegría y luz que penetraba todavía en el alma de Quasimodo. Aquella alma cayó en una noche profunda. La melancolía del desgraciado se hizo incurable y total, como su deformidad. Hay que añadir que su sordera le volvió, en cierto modo, mudo. Pues para no ser causa de risa para los demás, tan pronto como se vio sordo, se sumió decididamente en un silencio que no rompía más que cuando estaba solo. Ató para siempre aquella lengua que Claude Frollo había tenido tanto trabajo en desatar. Esto hacía que, cuando la necesidad le obligaba a hablar, su lengua estuviese entumecida, torpe, como una puerta cuyos **goznes** están mohosos. 



Al fondo de todo esto duerme un caballo

Gonzalo Rojas

Al fondo de todo esto duerme un caballo
blanco, un viejo caballo
largo de oído, estrecho de
entendederas, preocupado
por la situación, el pulso
de la velocidad es la madre que lo habita: lo montan
los niños como a un fantasma, lo **escarnecen**, y él duerme
durmiendo parado ahí en la lluvia, lo
oye todo mientras pinto estas once
líneas. Facha de loco, sabe
que es el rey.




El gato

Juan García Ponce

El gato apareció un día y desde entonces siempre estuvo allí. No parecía pertenecer a nadie en especial, a ningún departamento, sino a todo el edificio. Incluso su actitud hacía suponer que él no había elegido el edificio, haciéndolo suyo, sino el edificio a él, tal era la adecuación con que su figura se sumaba a la apariencia de los pasillos y escaleras. Fue así como D empezó a verlo, por las tardes, al salir de su departamento, o algunas noches, al regresar a él, gris y pequeño, echado sobre la **esterilla** colocada frente a la puerta del departamento que ocupaba el centro del pasillo en el segundo piso. Cuando D, vencido el primer tramo de las escaleras, daba la vuelta para tomar el pasillo, el gato, gris y pequeño, un gato niño todavía, volvía la cabeza hacia él, buscando que su mirada encontrara sus ojos extrañamente amarillos y ardientes en medio del



suave pelo gris. Luego los entrecerraba un momento, hasta convertirlos en una delgada línea de luz amarilla y volvía la cabeza hacia el frente, ignorando la mirada de D que, sin embargo, seguía viéndolo, conmovido por su solitaria fragilidad y un poco molesto por el peso inquietante de su presencia. Otras veces, en lugar de en el pasillo del segundo piso, D lo encontraba de pronto acurrucado en uno de los rincones del amplio *hall* de la entrada o caminando despacio, con el cuerpo pegado a la pared, ignorando el aviso de los pasos ajenos. Otras más, aparecía en alguno de los tramos de la escalera, enroscado entre los barrotes de hierro, y entonces bajaba o subía delante de D, poniéndose en movimiento sin volverse a mirarlo y apartándose de su paso cuando estaba a punto de darle alcance para volver a enroscarse alrededor de los barrotes, tímido y asustado, a pesar de que, al dejarlo atrás, D sentía la amarilla mirada sobre su espalda. 



¿Qué son los átomos?

Marcus Chown

Los átomos son los ladrillos que lo construyen todo: a ti, a mí, los árboles... incluso el aire que respiramos. No podemos verlos, porque son muy pequeños. ¡Si quisiéramos llenar de átomos los puntos de los signos de exclamación de esta frase, tendríamos que poner diez millones en fila!


Si pudiéramos verlos, nos daríamos cuenta de algo muy raro. No están hechos de gran cosa. De hecho, prácticamente son sólo espacio vacío.

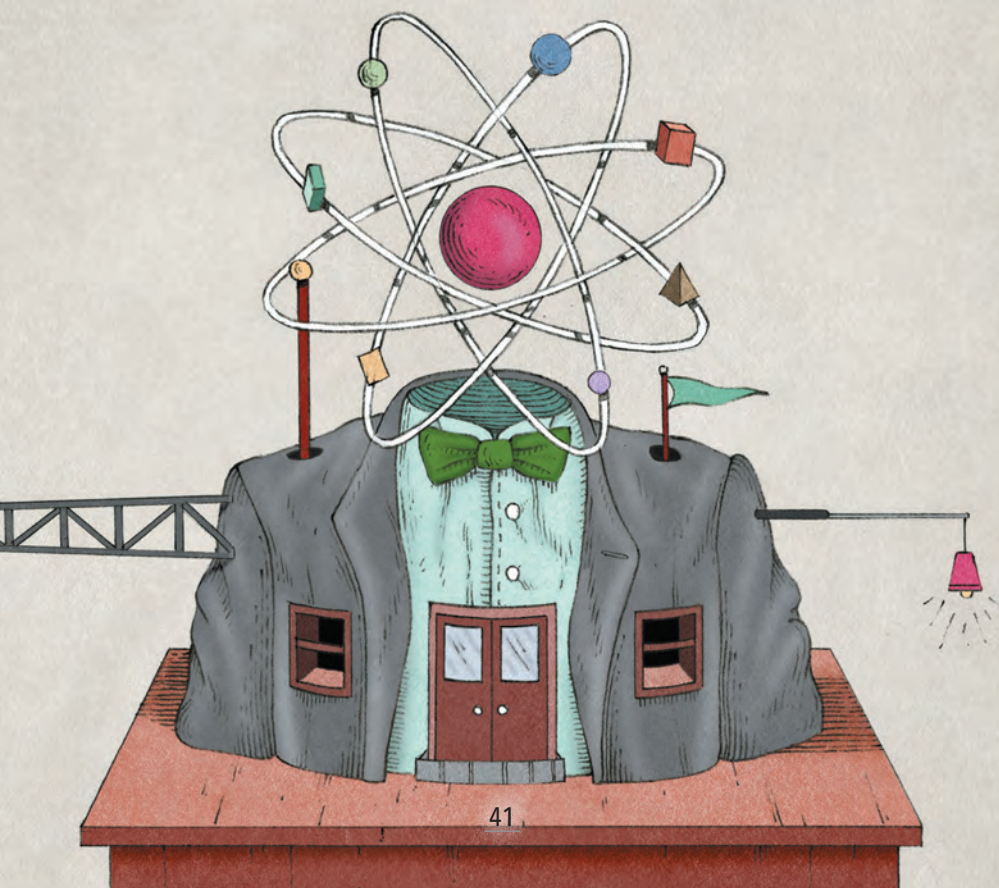
En el centro del átomo hay un granito diminuto de materia, al que llamamos núcleo. A su alrededor, como si fueran planetas en torno al Sol, hay puntitos aún más pequeños, los electrones. Sin embargo, entre el núcleo y los electrones hay mucho espacio vacío. Y eso significa que tú y yo (que estamos hechos de átomos) somos, en gran parte, espacio vacío.

De hecho, dentro de los átomos hay tanto espacio vacío que, si exprimiéramos todo el espacio vacío de todas las personas del mundo, la población mundial cabría en un terrón de azúcar. Toda la especie



humana dentro de un terrón de azúcar. Eso sí, ¡sería un terrón de azúcar muy pesado!

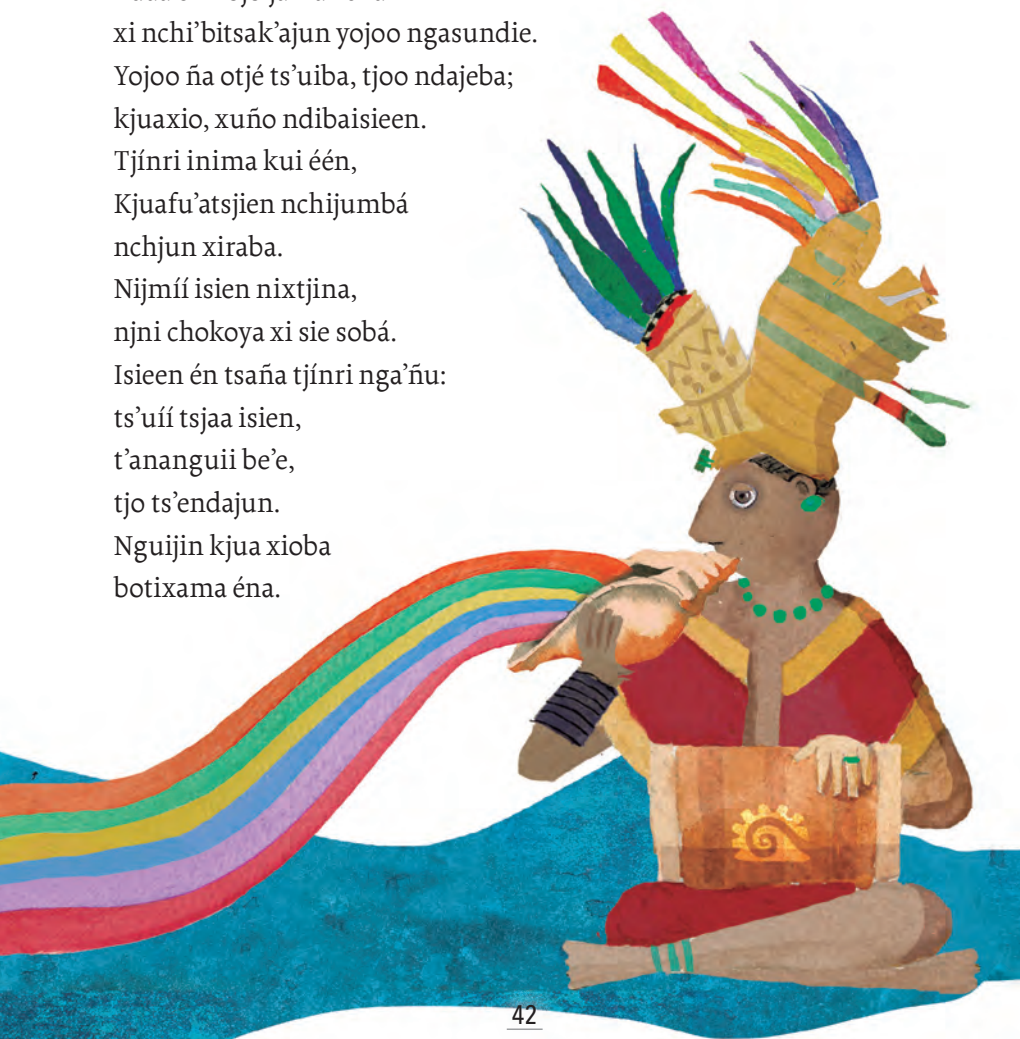
Una última cosa sobre los átomos. Hay noventa y dos tipos distintos (y algunos más que no existen en la naturaleza, pero que los científicos han producido en los laboratorios). Y, del mismo modo que si combinas distintos tipos de bloques de construcción puedes hacer una casa, un perro o un barco, los átomos se combinan de distintas formas para construir una rosa, un árbol o un recién nacido. Todos nosotros somos combinaciones de átomos. Y todos somos distintos, porque nuestras combinaciones de átomos son diferentes. 



Tikua xi sie

Juan Gregorio Regino

Nchijun, nchijun sie tikuána,
ndaa én kojó jama xcha
xi nchi'bitsak'ajun yojoo ngasundie.
Yojoo ña otjé ts'uiba, tjoo ndajeba;
kjuaxio, xuño ndibaisieen.
Tjínri inima kui één,
Kjuafu'atsjien nchijumbá
nchjun xiraba.
Nijmíí isien nixtjina,
njni chokoya xi sie sobá.
Isieen én tsaña tjínri nga'ñu:
ts'uíí tsjaa isien,
t'ananguii be'e,
tjo ts'endajun.
Nguijin kjua xioba
botixama éna.



Caracoles cantores

Juan Gregorio Regino

A diario suenan los caracoles cantores,
son las voces de antiguas raíces
que se entretajan con el brillo del cielo.
Son los sentidos del crepúsculo,
la brisa del mar, el murmullo del aire,
el rocío de la madrugada.
Son lenguas vivas;
memorias del mañana,
evocación del espíritu,
guitarras y violines que cantan solos.
En los colores de la lengua nuestra
hay sangre y raíz.
El sol le da calor, la tierra la fecunda,
la acaricia el viento, la opresión le da fuerza.
Nuestra lengua gobierna en el silencio
y en la paz del universo.

(Poema bilingüe mazateco-español.)





El guardián de las puertas

L. Frank Baum

Por la mañana, en cuanto salió el sol, emprendieron la marcha y pronto vieron un hermoso brillo verde en el cielo ante ellos.

—Aquello debe ser Ciudad Esmeralda —dijo Dorothy.

Mientras caminaban, el brillo verde se hizo más intenso. Parecía que al fin habían completado su travesía. Sin embargo, atardeció antes de que llegaran a la gran muralla que rodeaba la ciudad. Era alta y gruesa, de un verde brillante.

Frente a ellos, y al final del camino de ladrillos amarillos, había una enorme puerta, toda con incrustaciones de esmeraldas que destellaban en el sol, tanto que incluso los ojos pintados del Espantapájaros se deslumbraban con su resplandor.

Junto a la puerta había un timbre. Dorothy presionó el botón y escuchó un tintineo adentro. Entonces la enorme puerta se abrió con lentitud; todos pasaron y entraron a una sala de altos arcos, en cuyas paredes relucían incontables esmeraldas.

Ante ellos se hallaba de pie un hombrecito del tamaño aproximado de los munchkins. Iba vestido de verde de los pies a la cabeza, e incluso su piel tenía un tinte verdoso. A su lado había una gran caja verde. Cuando vio a Dorothy y a sus compañeros, preguntó:

—¿Qué buscan en Ciudad Esmeralda?

—Venimos a ver al gran Oz —dijo Dorothy.

El hombre se sorprendió tanto que se sentó a pensar.

—Han pasado muchos años desde la última vez que alguien pidió ver a Oz —dijo, sacudiendo la cabeza con perplejidad—. Es poderoso y

terrible, y si vienen a interrumpir las sabias reflexiones del Gran Mago con un encargo ocioso o insensato, podría enfadarse y destruirlos a todos en un instante.

—No se trata de un encargo ocioso ni insensato —respondió el Espantapájaros—. Es importante, y nos han dicho que Oz es un buen mago.

—Lo es —contestó el hombre verde—, y gobierna la Ciudad de Esmeralda bien y con sabiduría. Sin embargo, con aquellos que son deshonestos o que lo buscan por curiosidad es de lo más terrible, y pocos se han atrevido a pedir mirar su cara. Yo soy el guardián de las puertas y, puesto que exigen ver al gran Oz, debo llevarlos a su palacio. Primero deben ponerse los anteojos.

—¿Por qué? —preguntó Dorothy.

—Porque, si no usan anteojos, el brillo y la gloria de Ciudad Esmeralda los cegarán. Incluso los habitantes de Ciudad Esmeralda deben usarlos noche y día. Todos los tienen asegurados con llave, pues así lo ordenó Oz cuando se construyó la ciudad, y yo tengo la única llave que los libera.



Abrió la gran caja y Dorothy observó que estaba llena de anteojos de todas las formas y tamaños, con cristales verdes. El guardián de las puertas encontró un par que le quedaba a Dorothy y lo puso sobre los ojos de la niña. Los anteojos tenían dos cintas doradas que rodeaban la cabeza de la niña y se unían en la nuca, aseguradas por una pequeña llave sujeta a una cadena que el guardián de las puertas llevaba al cuello. Una vez que tuvo puestos los anteojos, Dorothy advirtió que no podría quitárselos aunque quisiera; por supuesto, tampoco deseaba que el brillo de Ciudad Esmeralda la cegara, así que no dijo nada.

A continuación, el hombre verde les puso los anteojos al Espantapájaros, al Hombre de Hojalata y al León, e incluso al pequeño Toto, y aseguró todos con su llave.

Después el propio guardián de las puertas se puso los anteojos y dijo que estaba listo para conducir al grupo al palacio. Tomó una gran llave dorada de una **percha** en la pared y abrió otra puerta, y todos lo siguieron a través del portal hacia las calles de Ciudad Esmeralda. 🍃



Otoño

Rainer María Rilke

Las hojas caen como si se marchitaran
en los lejanos jardines del cielo:
caen haciendo un ademán de negación.



Triángulo armónico

Vicente Huidobro

Thesa
La bella
Gentil princesa
Es una blanca estrella
Es una estrella japonesa.
Thesa es la más divina flor de Kioto
Y cuando pasa triunfante en su palanquín
Parece un tierno lirio, parece un pálido loto
Arrancado una tarde de estío del imperial jardín.

Todos la adoran como a una diosa, todos hasta el Mikado
Pero ella cruza por entre todos indiferente
De nadie se sabe que haya su amor logrado
Y siempre está risueña, está sonriente.
Es una Ofelia japonesa
Que a las flores amantes
Loca y traviesa
Triunfante
Besa.

LOS CANGREJOS CAMINAN SOBRE LA ISLA

AUTORE: AMATEL Y DUBROVY
GUIÓN: LUIS BERNARDO JEREZ
ILUSTRACIÓN: RICHARD ZELA

¿CUÁNDO ME DIRÁ QUE HACEMOS AQUÍ, KUKLING? ¿POR QUE TANTO MISTERIO?

PACIENCIA, TENIENTE BUD. EN CUANTO LOS MARINEROS HAYAN DESEMBARCADO LAS CAJAS, SE LO DIRE.



GRACIAS POR TODO, CAPITAN. NOS VEREMOS DENTRO DE 20 DÍAS.

AQUÍ ESTAREMOS, PROFESOR.



¿Y BIEN?

AYÚDEME A MONTAR EL CAMPAMENTO Y A ABRIR LAS CAJAS. USTED MISMO LO VERA.



¿QUE SON ESTAS ESFERAS Y ESTAS BARRITAS?

ES HIERRO, COBRE Y ZINC.



HAY QUE ESPARCIR LOS METALES EN ESTOS PUNTOS DE LA ISLA.

¡TARDAREMOS TODO EL DÍA!



NO TANTO, LA ISLA SÓLO MIDE 3 KILÓMETROS DE DIÁMETRO.



TRES HORAS DESPUÉS...

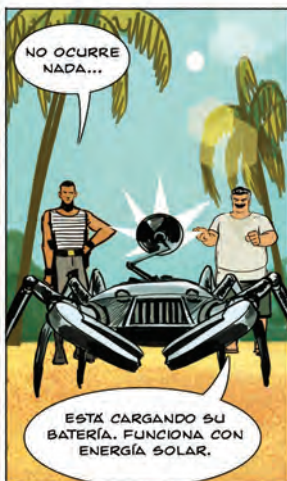
¡PUF! YA HICE LO QUE ORDENÓ, PROFESOR. ¡AHORA DÍGAME A QUE VINIMOS!

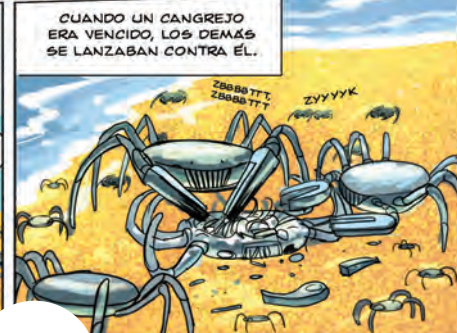
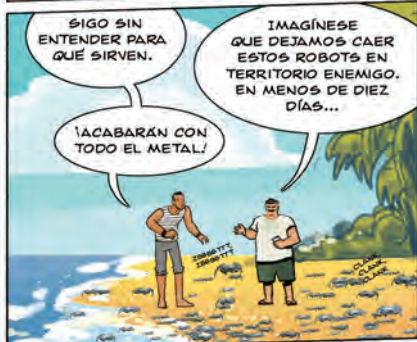
SE TRATA DE UN EXPERIMENTO MILITAR.



HÁGAME EL HONOR DE ABRIR ESA CAJA.









¡AYÚDEME, KUKLING!
LOS CANGREJOS SE LLEVAN
LAS PROVISIONES.

PERO ELLOS
NO COMEN.

NUESTROS ALIMENTOS
VIENEN EN LATA, Y LAS
LATAS SON DE METAL.



¡AHHH!

¿QUÉ LE OCURRE,
TENIENTE?



RECIBÍ UNA
DESCARGA
ELÉCTRICA.

¡FANTÁSTICO!
HAN DESARROLLADO
UN MECANISMO DE
DEFENSA.



¡EH!
¡QUÍTAMELOS,
BUD!

¿POR QUÉ
LO ATACAN?!



¡DIABLOS, LO OLVIDÉ!
¡TENGÓ UNA PRÓTESIS
EN LA CADERA!



AL AMANECER, BUD
ENTERRÓ AL PROFESOR.

ESTAS ROCAS
EVITARÁN QUE ESOS
BICHOS LLEGUEN HASTA
SUS RESTOS.



AL SÉPTIMO DÍA NO QUEDABA
NINGÓN ESPACIO VACÍO EN LA ISLA.
SE LIBRABA UNA BATALLA
PERMANENTE.



AL OCTAVO DÍA,
LOS CANGREJOS HABÍAN
DESARROLLADO UNA NUEVA HABILIDAD:
SABÍAN NADAR...

FIN



Cuánto se divertían

Isaac Asimov

Margie lo anotó esa noche en el diario. En la página del 17 de mayo de 2157 escribió: “¡Hoy Tommy se ha encontrado un libro de verdad!”.

Era un libro muy viejo. El abuelo de Margie contó una vez que, cuando él era pequeño, su abuelo le había contado que hubo una época en que los cuentos siempre estaban impresos en papel.

Uno pasaba las páginas, que eran amarillas y se arrugaban, y era divertidísimo ver que las palabras se quedaban quietas en vez de desplazarse por la pantalla. Y, cuando volvías a la página anterior, contenía las mismas palabras que cuando la leías por primera vez.

—Caray —dijo Tommy —, qué desperdicio. Supongo que cuando terminas el libro lo tiras. Nuestra pantalla de televisión habrá mostrado un millón de libros y sirve para mucho más. Yo nunca la tiraría.

—Lo mismo digo —contestó Margie. Tenía once años y no había visto tantos telelibros como Tommy. Él tenía trece—. ¿Dónde lo encontraste?

—En mi casa. —Tommy señaló sin mirar, porque estaba ocupado leyendo—. En el ático.

—¿De qué trata?

—De la escuela.

—¿De la escuela? ¿Qué se puede escribir sobre la escuela? Odio la escuela.

Margie siempre había odiado la escuela, pero ahora más que nunca. El maestro automático le había hecho un examen de geografía tras otro y los resultados eran cada vez peores. La madre de Margie había sacudido tristemente la cabeza y había llamado al inspector del condado.

Era un hombrecillo regordete y de rostro **rubicundo**, que llevaba una caja de herramientas con perillas y cables. Le sonrió a Margie y le dio una manzana; luego, desmanteló al maestro. Margie esperaba que no supiera ensamblarlo de nuevo, pero sí sabía y, al cabo de una hora, allí estaba de nuevo, grande, negro y feo, con una enorme pantalla donde se mostraban las lecciones y aparecían las preguntas. Eso no era tan malo. Lo que más odiaba Margie era la ranura donde debía insertar las tareas y las pruebas. Siempre tenía que redactarlas en un código que le hicieron aprender a los seis años, y el maestro automático calculaba la calificación **en un santiamén**.

El inspector sonrió al terminar y acarició la cabeza de Margie.

—No es culpa de la niña, señora Jones —le dijo a la madre—. Creo que el sector de geografía estaba demasiado acelerado. A veces ocurre. Lo he sintonizado en un nivel adecuado para los diez años de edad. Pero el patrón general de progresos es muy satisfactorio. —Y acarició de nuevo la cabeza de Margie.



Margie estaba desilusionada. Había abrigado la esperanza de que se llevaran al maestro. Una vez, se llevaron el maestro de Tommy durante todo un mes porque el sector de historia se había borrado por completo.

Así que le dijo a Tommy:

—¿Quién querría escribir sobre la escuela?

Tommy la miró con aire de superioridad.

—Porque no es una escuela como la nuestra, tontuela. Es una escuela como la de hace cientos de años.

—Y añadió altivo, pronunciando la palabra muy lentamente—: Siglos.





Margie se sintió dolida.

—Bueno, yo no sé qué escuela tenían hace tanto tiempo. —Leyó el libro por encima del hombro de Tommy y añadió—: De cualquier modo, tenían maestro.

—Claro que tenían maestro, pero no era un maestro normal. Era un hombre.

—¿Un hombre? ¿Cómo puede un hombre ser maestro?

—Él les explicaba las cosas a los chicos, les daba tareas y les hacía preguntas.

—Un hombre no es lo bastante listo.

—Claro que sí. Mi padre sabe tanto como mi maestro.

—No es posible. Un hombre no puede saber tanto como un maestro.

—Te apuesto a que sabe casi lo mismo.

Margie no estaba dispuesta a discutir sobre eso.



—Yo no querría que un hombre extraño viniera a casa a enseñarme.
Tommy soltó una carcajada.

—Qué ignorante eres, Margie. Los maestros no vivían en la casa.
Tenían un edificio especial y todos los chicos iban allí.

—¿Y todos aprendían lo mismo?

—Claro, siempre que tuvieran la misma edad.

—Pero mi madre dice que a un maestro hay que sintonizarlo para adaptarlo a la edad de cada niño al que enseña y que cada chico debe recibir una enseñanza distinta.

—Pues antes no era así. Si no te gusta, no tienes por qué leer el libro.

—No he dicho que no me gustara —se apresuró a decir Margie.

Quería leer todo eso de las extrañas escuelas.

Aún no habían terminado cuando la madre de Margie llamó:

—¡Margie! ¡Escuela!

Margie alzó la vista.

—Todavía no, mamá.

—¡Ahora! —chilló la señora Jones—. Y también debe de ser la hora de Tommy.

—¿Puedo seguir leyendo el libro contigo después de la escuela? —le preguntó Margie a Tommy.

—Tal vez —dijo él con petulancia, y se alejó silbando, con el libro viejo y polvoriento debajo del brazo.

Margie entró en el aula. Estaba al lado del dormitorio, y el maestro automático se hallaba encendido ya y esperando. Siempre se encendía a la misma hora todos los días, excepto sábados y domingos, porque su madre decía que las niñas aprendían mejor si estudiaban con un horario regular.

La pantalla estaba iluminada.


—La lección de aritmética de hoy —habló el maestro— se refiere a la suma de quebrados propios. Por favor, inserta la tarea de ayer en la ranura adecuada.

Margie obedeció, con un suspiro. Estaba pensando en las viejas escuelas que había cuando el abuelo del abuelo era un chiquillo. Asistían todos los chicos del vecindario, se reían y gritaban en el patio, se sentaban juntos en el aula, regresaban a casa juntos al final del día. Aprendían las mismas cosas, así que podían ayudarse con los deberes y hablar de ellos.

Y los maestros eran personas...

La pantalla del maestro automático centelleó.

—Cuando sumamos las fracciones $\frac{1}{2}$ y $\frac{1}{4}$...

Margie pensaba que los niños debían de adorar la escuela en los viejos tiempos. Pensaba en cuánto se divertían. 

Marinero en tierra

Rafael Alberti

El mar. La mar.

El mar. ¡Sólo la mar!

¿Por qué me trajiste, padre,
a la ciudad?

¿Por qué me desenterraste
del mar?

En sueños, la marejada
me tira del corazón.

Se lo quisiera llevar.

Padre, ¿por qué me trajiste
acá?





El Chato Barrios

Ángel de Campo

El salón de nuestra escuela estaba inconocible; salón de escuela de barrio que, gracias a muebles alquilados, había perdido su aspecto lamentable de otras veces. El heno y las ramas de ciprés, colocadas profusamente a lo largo de las manchadas paredes; banderas tricolores de papel y águilas empleadas para fiestas cívicas, servían de altar a grandes retratos de Hidalgo, Juárez y otros héroes, amén del Corazón de Jesús, iluminado, inmediatamente arriba de una esfera terrestre cubierta de **crepón**.

Barrido el piso de ladrillos y en vez de bancas, triple hilera de sillas austriacas que, arrancando de la mesa, cubierta por un **tápalo** chino, terminaba junto a la puerta de la Dirección.

Era el día de premios, ese gran día para la infancia de aquellos rumbos, luminoso día para los padres de familia y de constante preocupación para el señor Quiroz (q.e.p.d.) y su ayudante, el **paupérrimo** cuanto simpático Borbolla.

Recuerdo que dos días duraba la compostura del salón, en la cual tomaban parte activa unos vecinos, la criada y aquellos alumnos que se distinguían por su juicio y mayor edad.

Las economías del año se empleaban en comprar libros baratos y en imprimir los diplomas cuya idea —una matrona rodeada de chicuelos que cargaban escolares atributos— pertenecía a Borbolla.

Libros y diplomas, atados con listones de color, se **hacínaban** en la mesa a los lados de un tintero de porcelana; dos candelabros con velas jamás encendidas y amarillentas ya, y un par de bustos de yeso, representando a **Minerva**, el uno, y a Minerva también, el otro.

Se alquilaba un piano y en él lucía sus anuales adelantos la señorita Peredo, tanto en el piano como en el canto. Era el **factótum**, y desempeñaba todo lo concerniente a la parte musical, inclusive el acompañamiento de las fantasías que sobre viejas óperas ejecutaba un antiguo tocador de flauta, Bibiano Armenta.

Henos aquí desde las siete de la mañana, muy lavados, con traje nuevo los unos, cepillado y remendado los otros, sin adorno alguno los más. Pobres niños de barrio, hijos de porteros, artesanos y gente **arrancada**, que no podía hacer más gasto que el de medio real; cuartilla para pomada y cuartilla para betún. ¿Pero el traje, qué importaba? Todos éramos felices, y sin parpadear, colgándonos los pies, nos sentábamos en las altas bancas, con los brazos cruzados, contemplando un sillón, miembro de no sé qué ajuar de **reps** verde, en el que debía tomar asiento, frente a la mesa, un eclesiástico, me parece que canónigo o cura de la parroquia, que siempre presidía el acto y era el gran personaje.

Llegaban las familias sin que nadie se moviese: señoras de enaguas ruidosas y rebozo nuevo, papás de fieltro o sombrero ancho, con ruidosos zapatos y que cruzaban sobre la barriga las manos o se acariciaban las rodillas, niñas de profusos rizos y vestidos de lana... Las personas



distinguidas eran invitadas por el señor Quiroz para tomar asiento en la primera fila, en la que, vestida de blanco, con zapatos bajos, listones tricolores y pelo espolvoreado con partículas de oro o hilos de escarcha, estaba ya la señorita Peredo, muy tiesa y empuñando el enorme rollo de piezas de música.

Sordo y elocuente murmullo se levantaba del salón, cuando se presentaba en escena la familia de Isidorito Cañas; el señor Quiroz bajaba las escaleras, Borbolla se apoderaba de una de las niñas, los hombres se ponían en pie y las mujeres miraban con respeto casi, a la familia que vestía de seda, usaba costosos sombreros, claros guantes y deslumbrantes abanicos.

Isidorito separábase de la familia para ocupar su puesto en la banca, y todos lo mirábamos **de hito en hito**; cada año estrenaba traje y cada año se sacaba el premio y se lo disputaba ¡oh coincidencia! el Chato Barrios, hijo del carbonero de la esquina, el más feo y desarrapado alumno de la escuela.

En nuestros corazones de rapazuelos de cinco años influía la elegancia en sumo grado, y veíamos a Isidorito, no como un simple **condiscípulo**, sino como a un ser colocado en más alta esfera. Su traje nuevo, su cuello enorme y blanquísimo, la corbata de seda, el cinturón de charol brillante con hebilla de metal, las medias restiradas a rayas azules, las botitas hasta media





pierna, el pelo rizado *ad hoc* y los diminutos guantes, hacían de él un héroe de la fiesta. Con razón parecíamos los demás un atajo de indios, mal vestidos, mal peinados y con una actitud de gente sin educación.

El señor Quiroz le hacía un cariño y daba conversación a la familia en actitud de hombre juicioso, cruzando los dedos, dando vueltas al pulgar, semiinclinado y con leve sonrisa que entreabría sus labios. Borbolla, incomodado por el estrecho **jaquet** y la corbata refractaria a guardar el sitio conveniente, abría el piano, sacudía las teclas, y al sonar un *mi bemol* por casualidad, reinaba el silencio; veía el eclesiástico el reloj y *tin*, sonaba el timbre, oíase ruido de sillas y bancas, cruzábamos los brazos al sentir la severa mirada de Borbolla, que con el mayor disimulo apretaba los labios, y con los ojos parecía decirnos: compostura, señores.

Poníase en pie el señor Quiroz y leía la memoria que terminaba siempre con estas frases:

“Réstame sólo, respetable público, daros las gracias por la asistencia a esta solemnidad y en particular a aquellas personas (a la niña Peredo y al flautista Armenta) que han contribuido con sus altas dotes a la solemnidad del acto. He dicho.”

Mirábamos a Borbolla para ver si era tiempo de aplaudir, y aplaudíamos con rabia lanzando un ¡viva! al señor Quiroz que respondíamos nosotros mismos.

Stella confidante, leía el eclesiástico en un papel pequeño, y la niña Peredo, con voz trémula que parecía arrancada por nervioso dolor, gorgoreaba la fantasía. Tornábamos a ver a Borbolla y aplaudíamos lanzando el ¡viva la señorita Peredo! que se nos había enseñado.



“Fábula en francés por el niño Isidoro Cañas.” Nuestro director palidecía, Borbolla dejaba que se **pronunciara** la corbata y la familia de Isidorito se conmovía; avanzaba el muchachito, miraba a todos lados, sacudía la cabeza poniéndose en el pecho el rollo de papel atado con un listón y gritaba:

Maitre Corbeau sur un arbre, perché...
tenait a son bec un fromage.*

Cada palabra acompañábala con un ademán especial: parecía arrancarse un botón del saco, dándose antes un golpe de pecho, y al concluir sonaban nutridos aplausos; abría la boca el eclesiástico, respiraba el señor Quiroz, sonreía Borbolla, se refugiaba Isidorito en las faldas de su madre y gritábamos: ¡Viva el niño Cañas!

Desde ese momento Isidorito era el héroe y lo besaban las señoras cuando, tropezando, podía apenas cargar los grandes libros que había merecido como premio... y envidiábamos a Isidorito.

* El maestro Cuervo, trepado en un árbol... tenía un queso en el pico.

—*Mención honorífica*— leía Borbolla con voz clara— al alumno Rito Barrios.

Y oíase en las bancas estudiantiles un rumor: “Ándale, Chato, Chato Barrios, a ti te toca”. Pero el muchacho no se atrevía a pararse y había necesidad de que Quiroz, con voz amable, le dijera:

—Señor Barrios, acérquese usted...

Y un muchacho descalzo, de blusa hecha jirones, mordiéndose un dedo, arrastrando el sombrero de petate y viendo a todos lados con cara de imbécil, cruzaba el salón. Las gentes lo miraban con lástima, los niños con desprecio, y unos ojos empapados en lágrimas lo seguían: los de una mujer que ocupaba la última fila, perdida en la multitud, su madre; y el Chato Barrios, aquel modelo, en el último grado del desconcierto, olvidando público y lugar, pegaba la carrera de la mesa a su asiento.

Me acuerdo que sentía no sé qué dolor, no sé qué tristeza al mirar a Barrios; inexplicable amargura de cosas aún no comprendidas, cuando paseaba mi observación de niño, ya de Isidorito al Chato y viceversa,




Isidorito, que vestía bien; Isidorito, que decía una tontería y no le pegaban; Isidorito, que estudiaba menos; Isidorito, que usaba reloj, y el Chato, que llegaba al colegio antes que otro; el Chato que aprendía la lección en un segundo; el Chato, que vivía en una carbonería; el Chato que iba al colegio de balde; el Chato... que era muy infeliz.

*

He visto, después de muchos años, aquellos diplomas: el de Isidorito se ostenta sobre el bufete de un abogado, su padre, encerrado en un marco desdorado, como si acusara una ironía del ayer comparado con el hoy, denunciando el favoritismo de otra época y la imbecilidad actual, que es la cualidad notable de mi antiguo compañero de escuela. Alguien me dijo, no lo sé, que los premios del Chato iban al Empeño; y ese Chato es un muchacho de traje hecho jirones, que estudia en libros prestados, vive en un suburbio, jamás falta a clase y parece prometer. Cuando tal me dicen, pienso en el pasado, porque no ignoro cuál es la vida del que no posee más que un libro y un **mendrugo**; lucha por elevarse del cieno



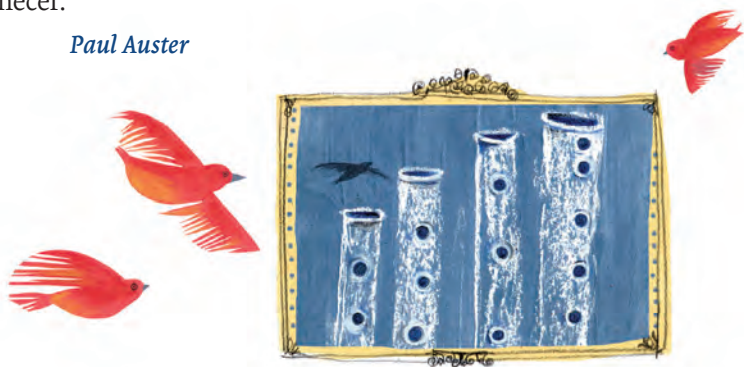
en que vive, perseguido por esa amargura que se encarna en todos los enemigos de la pobreza; pero me consuela saber que de ese barro amasado con lágrimas, de esa lucha con el hambre, de esa humillación continua, de esa plebe infeliz y pisoteada surgen las **testas** coronadas de los sabios que, os lo juro, valen más que esos muñecos de porcelana, esos juguetes de tocador, que en la comedia humana se llaman Isidorito Cañas. 



Diccionario poético 2

Alba: La inmensa luz **aluvial**. El carillón de nubes al amanecer.

Paul Auster



Mar: Un desierto resplandeciente.

Jorge Luis Borges



Voz: Tu voz es un eco, no te pertenece, no se extingue con el soplo que la exhala.

Jorge Cuesta





Los cargadores del mundo

Anónimo

Cuentan los ancianos, los que vivieron antes que nosotros, que cuando hicieron el mundo, cuando terminó su construcción, nombraron a cuatro personas para que lo cuidaran. Esas personas cargaban el mundo para que no se cayera. Como vieron que cuatro personas no eran suficientes para cargar el mundo, porque se iban a cansar, nombraron a otras personas para que también ayudaran a sostenerlo. Cuando los cuatro sostenedores se cansaban, les tocaba el turno a otros cuatro, y al realizarse el cambio era cuando se producía un temblor.

También cuentan que hace mucho tiempo el cielo estaba muy bajito y nuestros antepasados creían que lo podían alcanzar, así que cortaron un palo largo y lo pararon para que tocara el cielo, pero éste se alejó más; cortaron otro palo y lo amarraron al primero, pero el cielo se volvió a alejar. Finalmente cortaron un palo más y lo unieron a los otros dos, seguros de que esta vez, con una vara tan larga, el cielo se daría por derrotado, pero el cielo, como si nada, volvió a alejarse. Entendieron que hicieran lo que hicieran, el cielo siempre se alejaría y no volvería al lugar de antes. Por eso, por querer tocarlo, se ha vuelto inalcanzable.

Y cuentan también que hace muchos años los machetes, las hachas y los **metates** trabajaban solos. Cuando los hombres iban a trabajar al campo llevaban su **pozol**, pero también llevaban su petate, cosa que a las mujeres les extrañaba mucho, y se preguntaban: “¿Será que se irán a acostar en su parcela?”. No entendían qué pasaba, así que siguieron a los hombres sin que éstos se dieran cuenta y vieron que tendían sus petates y se ponían a trabajar sólo un ratito, porque en seguida los machetes y

las hachas trabajan solos. Así, mientras los machetes **desbrozaban** el monte y las hachas cortaban los árboles, los hombres se acostaban en sus petates hasta que caía la tarde. Al finalizar el día los hombres llamaban a los machetes y a las hachas para que descansaran.

En algún momento los machetes y las hachas se dieron cuenta de que alguien los estaba viendo y se cayeron al suelo. Dejaron de trabajar. Los hombres, asustados, se pusieron de pie, preguntándose qué había ocurrido, y al volver sus cabezas descubrieron a las mujeres que los espían detrás de la maleza. Los machetes y las hachas no volvieron a levantarse del suelo y de ahí en adelante los hombres tuvieron que realizar toda la tarea ellos solos, rozando el monte y sembrando la milpa. Exclamaron: “Fue culpa de las mujeres, ¡pero van a ver!”, y fueron a espíarlas. Fue así como vieron que los metates de las mujeres trabajaban solos; ellas sólo ponían el maíz y los metates se encargaban de molerlo. Entonces los metates se dieron cuenta de que alguien los estaba viendo y dejaron de trabajar. Desde entonces los machetes, las hachas y los metates dejaron de trabajar solitos y los hombres y las mujeres tienen que hacerse cargo de todo. 🍃

(Relato tradicional zoque, Chiapas.)



Llueve

Guillaume Apollinaire

L
l
u
e
v
e
n

v
o
c
e
s

d
e

m
u
j
e
r
e
s

c
o
m
o
s
i

e
s
t
u
v
i
e
r
a
n

m
u
e
r
t
a
s

h
a
s
t
a
e
n

e
l

r
e
c
u
e
r
d
o

u
s
t
e
d
e
s

t
a
m
b
i
é
n

l
l
u
e
v
e
n

m
a
r
a
v
i
l
l
o
s
o
s

e
n
c
u
e
n
t
r
o
s

d
e

m
i
v
i
d
a
o
h

p
e
q
u
e
ñ
a
s

g
o
t
a
s

y
e
s
a
s
n
u
b
e
s

e
n
c
a
b
r
i
t
a
d
a
s

s
e

p
o
n
e
n
a

r
e
l
i
n
c
h
a
r

u
n
u
n
i
v
e
r
s
o

e
n
t
e
r
o
d
e

c
i
u
d
a
d
e
s

a
u
r
i
c
u
l
a
r
e
s

e
s
c
u
c
h
a

s
i
l
l
u
e
v
e

m
i
e
n
t
r
a
s

q
u
e

e
l
d
e
s
d
é
n

y

e
l
r
e
m
o
r
d
i
m
i
e
n
t
o

l
l
o
r
a
n

u
n
a

m
ú
s
i
c
a

a
n
t
i
g
u
a

e
s
c
u
c
h
a

c
a
e
r

l
o
s

l
a
z
o
s

q
u
e

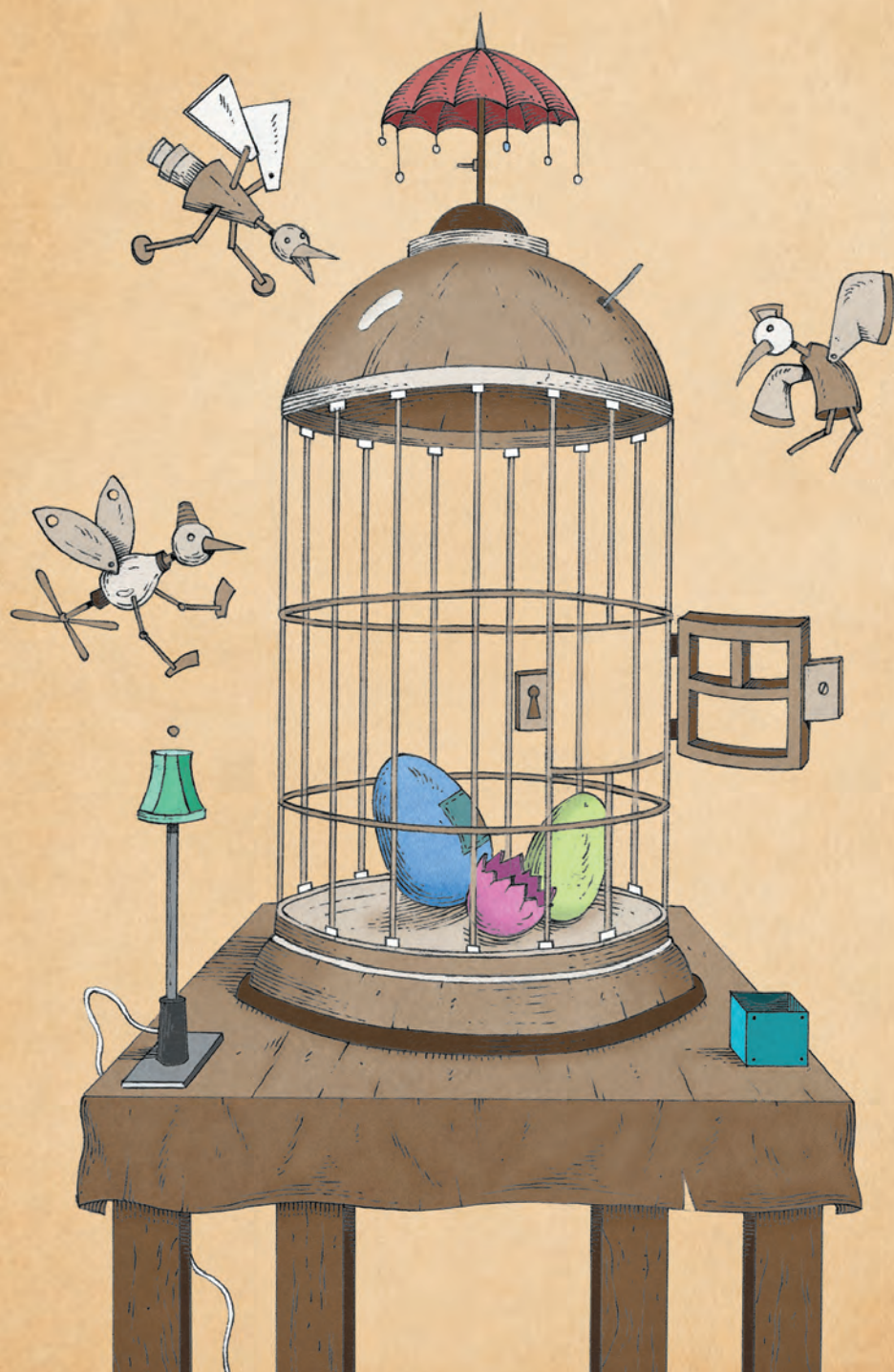
a
r
r
i
b
a

y

a
b
a
j
o

t
e

r
e
t
i
e
n
e
n



Aves

Lourdes Navarajo

Todos los pájaros son ovíparos. Es decir, nacen de huevos que las hembras ponen después de ser fecundadas. Los huevos de los pájaros son de formas diversas; de colores y tamaños diferentes, y su cantidad, en la nidada, es variable. El huevo más grande es el del avestruz; uno de los más pequeños es el del colibrí. Un ave extinta, el pájaro-efante de Madagascar, ponía enormes huevos, casi como balones de fútbol.

Te preguntará cómo nacen los pájaros.

Bajo la cáscara de los huevos se encuentra una masa gelatinosa que llamamos clara; en su interior está la yema y, en ella, la célula del embrión, o sea, el futuro pájaro. Enseguida que pone los huevos, la hembra se echa sobre ellos para darles calor. Esto es la incubación, proceso que permite crecer al embrión y convertirse en polluelo.

Durante su crecimiento, el embrión se alimenta de la yema. Cuando ya está desarrollado, el propio polluelo rompe la cáscara desde el interior y sale del huevo.

Algunos polluelos nacen desnudos; otros cubiertos de suave pelusa o de plumas, con los ojos cerrados o bien abiertos. Algunos pueden valerse por sí mismos desde que nacen; otros dependen de sus padres, que deben alimentarlos directamente.

En general, los pájaros tardan un tiempo en volar bien. Los terrestres, entre catorce y veinte días; los acuáticos, de seis a doce semanas. Estos últimos, nadan apenas se ponen en contacto con el agua.

La mayoría de las aves pueden caminar y correr. Otras son magníficas nadadoras o excelentes buceadoras. Entre los pájaros voladores, algunos



alcanzan grandes velocidades. Los pájaros que vuelan son aerodinámicos. Esto es, están formados para volar.

Por lo tanto, tienen un cuerpo que ofrece la menor resistencia al aire; un esqueleto liviano, de huesos huecos; dos alas musculosas, y patas que funcionan como tren de aterrizaje. Cada pluma, todo el cuerpo, está adecuado para el vuelo.

Al volar, la mayoría de las aves mueve las dos alas al mismo tiempo. Cada especie tiene su estilo de vuelo: los petirrojos aletean, los colibríes revolotean, las gaviotas planean, se deslizan o se remontan.

El despegue no es problema. Los pájaros despegan al encuentro del viento. Ciertas aves acuáticas, igual que los aviones, necesitan tomar impulso corriendo un trecho antes del despegue. Ya en vuelo, la cola hace de timón para regular el equilibrio y la dirección.



Hay pájaros muy veloces, como el águila dorada que alcanza los 200 kilómetros por hora; los aguanieves, los 160; el vencejo, los cien. Y más lentos, como los patos y los gansos, que difícilmente superan los 70 kilómetros por hora.

Cuando emigran, los pájaros recorren cientos o miles de kilómetros y no se pierden nunca. Las migraciones son de día o de noche. Por ejemplo, en el día migran las golondrinas, los halcones, los patos y otras especies.

De noche, pájaros como los zorzales, los cucús, los tordos o los gorriones. Como los marinos, se guían por la posición del sol o de las estrellas. Y un dato para tu agenda: Cristóbal Colón se ayudó en su ruta siguiendo el vuelo de pájaros migratorios.

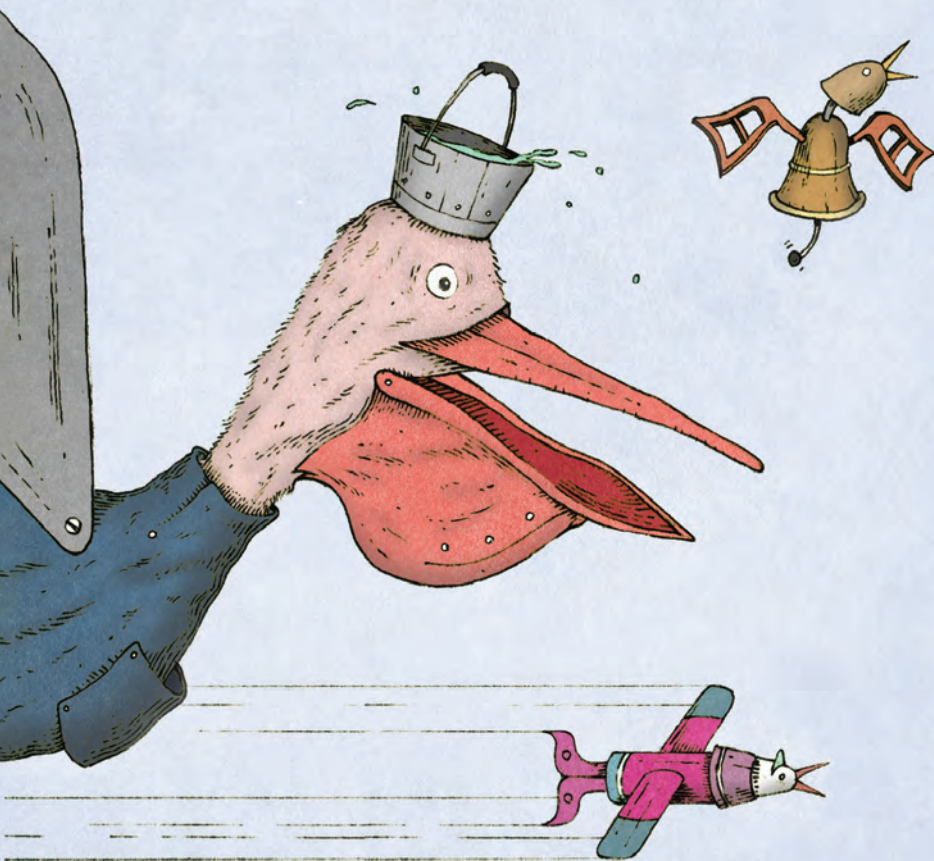
Desde tiempos muy antiguos, los pájaros han simbolizado virtudes, valores o defectos. La paz se representa con una paloma; la felicidad, con un pájaro azul; la sabiduría, con el búho; la soledad, con el pelícano; la cobardía, con el avestruz; la dignidad, con el águila. Hay pájaros que representan a algunos países: el quetzal a Guatemala, el cóndor a Chile, el gallo a Francia, y el águila azteca a México.

El pavo real es el ave ornamental más antigua de que se tiene noticia. Dos mil años antes de nuestra era, fue llevado de la India, su lugar de

origen, hacia Persia y Grecia. Su impresionante cola, que se despliega como un abanico de colores, es un gran espectáculo.

Según la mitología griega, los círculos que la adornan son los cien ojos del gigante Argos, puestos allí por Hera, la reina de las diosas, para perpetuar su memoria. Pero es mejor evitar las comparaciones, porque no sólo las plumas hacen la belleza de los pájaros; también sus trinos, sus melodías y sus vuelos.

Los pájaros están presentes en las leyendas de casi todos los pueblos. Una leyenda coreana cuenta que, cuando empezó el Diluvio, Nakawé



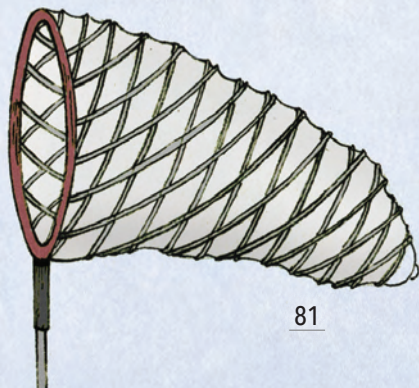
ordenó al hombre construir una caja y encerrarse allí con un loro y una guacamaya. A los cinco años, estos pájaros avisaron al hombre el fin del Diluvio y dividieron las aguas en cinco mares. En casi todas las tradiciones sobre el Diluvio, un pájaro anuncia su inicio y su fin.

En los ritos religiosos de los aztecas, huicholes y otros pueblos, el loro, la guacamaya, el colibrí y el águila se ofrendaban al Sol. Las plumas más vistosas adornaban los altares y centros ceremoniales. Algunas tenían el significado de oraciones: las del loro, para la lluvia; las de la guacamaya, para el Sol. ¿Has visto la danza de los voladores? En ella, los bailarines se disfrazan de pájaros sagrados y, con los cuatro vientos, vuelan hacia los cuatro puntos cardinales.

Desde hace siglos, nosotros recibimos grandes beneficios de las aves. Las gallinas, los patos, los gansos, los pavos y los faisanes, especialmente, nos dan carne y huevos para el sustento diario. Los pájaros contribuyen también a impedir la sobrepoblación de animales como insectos, diversas moscas y peces.

Son entonces algunos de los grandes planificadores de la naturaleza. Ciertos pájaros se convierten en buenos ayudantes para la agricultura al eliminar plagas dañinas para las cosechas. Otros, como los cormoranes en Asia, ayudan a la pesca. Y no es todo.

Muchas aves acarrean las semillas de algunas plantas a zonas donde éstas no existen, permitiendo así que nazcan y se desarrollen en otros

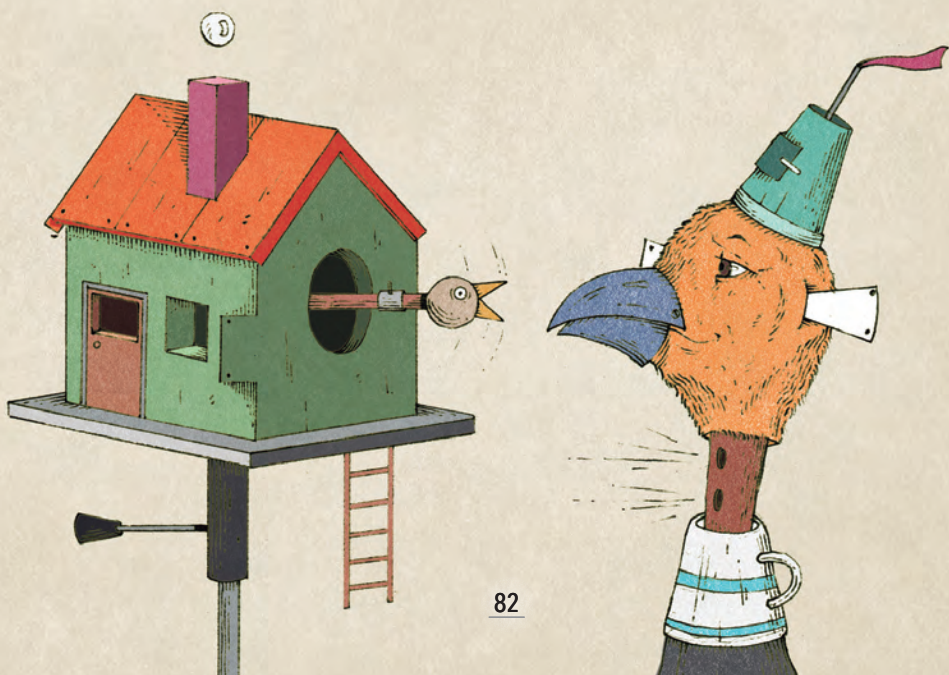


lugares. Además, se comen las semillas de las malas hierbas, limpiando de este modo las zonas de cultivo, y algunos la carroña de otros animales.

Sus cantos y trinos alegran el ambiente. Con las plumas se fabrican diversos objetos de adorno y de utilidad doméstica, como los cojines. Y, en muchas regiones del mundo, sus excrementos se emplean como fertilizantes o abono.

Cuando tengas que criar un polluelo abandonado, dale de comer con frecuencia porque son muy hambrientos. Para ello, ábrele el pico y coloca la comida profundamente en su garganta. ¡Hazlo con mucha suavidad! El menú debe ser nutritivo: pedacitos de huevo cocido, mosquitos, pedazos de lombrices y trocitos de fruta o huevos de hormiga.

No hay pájaros buenos y malos. Ellos, como tú y como yo, son parte de la naturaleza. Por eso, tenemos que combatir todos los peligros que los acechan: los cazadores, la contaminación de las aguas y los cambios que provoca el hombre en el equilibrio natural. 🦋



Una avispa sobre el agua

Coral Bracho

La superficie del agua es tensa
para una avispa,
es un sendero múltiple fluyendo siempre
como el tacto del tiempo
sobre la hondura quieta
de un corto espacio

Corto es el tiempo
en que flota; corta
la distancia en que gira
Por incesantes laberintos,
remolinos inciertos, llamas,
y transparencia
inextricable.





Wei Pang

Anónimo

Durante el reinado Ta Li vivía un letrado llamado Wei Pang, un atleta de fuerza poco común, que no conocía el miedo en sus correrías nocturnas. Jinete famoso y prestigioso tirador de flechas, nunca viajaba sin su arco y su **carcaj**. No sólo cazaba las piezas ordinarias, sino que le apasionaba juntar serpientes, alacranes, gusanos de tierra, cucarachas, ciempiés y otros horrores del mismo tipo.

Cierto día que hacía un paseo hasta la capital, lo sorprendió la noche. Los toques de tambores que anunciaban las horas se espaciaban. La casa de su amigo donde se hospedaba se encontraba lejos. No sabiendo dónde pasar la noche, vio que desocupaban un suntuoso hotel donde procedían a poner candados en las puertas. Wei Pang pidió hospitalidad a su dueño, quien le respondió:

—La muerte ha golpeado a nuestro vecino. Según la costumbre, esta noche será el momento de que debe aparecer su fantasma. Si llega a entrar en nuestra vivienda, tendremos una gran desgracia. Por eso toda mi familia va a pasar la noche en casa de un familiar y volverá mañana. Cumplo mi deber en informarle de tales hechos.

—Le agradeceré hasta el infinito si me permite pasar esta noche en vuestra residencia. Ningún peligro puede hacerme retroceder. Ya sabré cómo arreglarme con el fantasma.

El dueño de casa lo introdujo en la residencia, mostrándole un espléndido dormitorio, con una despensa bien surtida, y se retiró. Entonces Wei dio a su sirviente la orden de llevar el caballo al establo, de encender lumbre en el salón de honor y preparar la comida. Después de cenar y

reposar, Wei mandó a su sirviente que se acostase en un anexo del palacio, y él mismo abrió de par en par las puertas del inmenso salón. Se instaló sobre un sofá, en medio de la habitación, apagó la vela, aseguró su carcaj y esperó.

Después de medianoche, un haz de luz del ancho de una olla bajó del cielo hasta el salón, y allí quedó en el umbral de la puerta del norte, chispeante como una bola de fuego. Wei Pang, **alborozado**, tendió su arco en la oscuridad e hizo blanco. Se produjo una explosión y la luz pareció **encabritarse**. Tres flechas disparadas con la misma precisión debilitaron la luz, y la inmovilizaron. Wei, arco en mano, se lanzó para arrancar sus flechas, pero ese extraño objeto cayó y se apagó completamente. El sirviente, alarmado, llegó con una luz. Descubrieron una bola de carne llena de ojos que al pestañear dejaban escapar a cada movimiento una luz fosforescente.



—Quiere decir que es cierto que el alma maldita vuelve —exclamó Wei Pang lanzando una carcajada.

Ordenó a su sirviente que cocinara esa bola de carne. De la cocción se desprendió un aroma apetitoso. Cocida a punto y cortada en tajadas, esa carne se convirtió en un plato succulento de gusto exquisito. Wei se comió la mitad con su servidor, y guardó la otra mitad para obsequiar al dueño de casa. Éste volvió a la mañana siguiente. Se mostró muy contento de ver a su huésped sano y salvo. Wei le contó lo ocurrido en la noche y le ofreció el manjar a su anfitrión, quien no terminaba de lanzar admiradas exclamaciones de sorpresa. 🍴

(Relato tradicional chino.)



Tres culebras míticas

Fray Bernardino de Sahagún

Maquizcóatl


Hay una culebra en esta tierra que tiene dos cabezas: una en el lugar de la cabeza, otra en lugar de cola, y se llama *maquizcóatl*. En cada una tiene ojos, boca, dientes y lengua; no tiene cola ninguna. No es grande ni larga, sino pequeña. Tiene cuatro rayas negras por el lomo, otras cuatro coloradas en un lado y otras cuatro amarillas del otro. Anda hacia ambas partes; a veces guía una cabeza, a veces, la otra. Se llama culebra espantosa; raramente se ve. A los chismosos los llaman por el nombre de esta culebra, que dicen que tienen dos lenguas y dos cabezas. 🐍



Tlilcóatl


Hay una culebra en esta tierra que se llama *acóatl* o *tlilcóatl* que anda en el agua y en el cieno. Es tan gruesa cuanto un hombre puede abrazar, y muy larga. Tiene cabeza grande, barbas tras ella; es tan negra que reluce; tiene los ojos como brasas y la cola dividida; vive en las cuevas que hay debajo del agua y come peces. Atrae con el aliento desde lejos, y ahoga en el agua lo que atrae, sea persona o animal.

Para cazar personas, hace un hoyo cerca del agua; toma peces en la boca y los echa en el hoyo, y vuelve otra vez, por otros. Algunos indios atrevidos, mientras sale otra vez, le toman los peces y huyen. Luego ve la culebra que le han tomado los peces y se levanta en alto sobre la cola, y aunque vaya lejos el que lleva los peces, lo ve y echa tras él, tan recio como una **saeta**, y se le enrosca en el cuello y lo aprieta reciamente y lo mata. Mas si aquél es precavido, hace antes una concavidad en algún árbol, y cuando huye se acoge a él, y la culebra se aprieta contra el árbol, pensando que está enroscada con el hombre, y tan reciamente se aprieta que allí muere.

De otra manera mata esta culebra a los que pasan por donde ella mora: sale a la orilla del agua y arroja como escupiendo la ponzoña a aquel que pasa, y cae tendido como borracho, y luego le atrae a sí con el aliento, y va pateando el que así es llevado, y méteselo en la boca y ahógale en el agua, y allí le come. 



Coapétlatl

Hay otra culebra que se llama *coapétlatl*; es ancha como un pliego de papel, y en una esquina tiene la cabeza, y en la esquina contraria, la cola; anda de lado como cangrejo y va haciendo ruido como cuando se arrastra un petate; raramente aparece. Otra serpiente se llama *ehēcacóatl*; no es muy gruesa, pero es muy larga; es amarilla y colorada, y verde y blanca por los lomos, rayada con estos colores; no es ponzoñosa, pero cuando le hacen mal o cuando caza, se enrolla a lo que quiere matar y lo mata apretando. *Ehēcacóatl* quiere decir culebra de viento [*ehécatl* = viento], porque cuando va a alguna parte, si es tierra llana, va levantada sobre la cola, como volando, y si son matas y zacatales, va por encima de ellos volando, y por donde va parece que echa de sí un aire delgado. 



A una nariz

Francisco de Quevedo

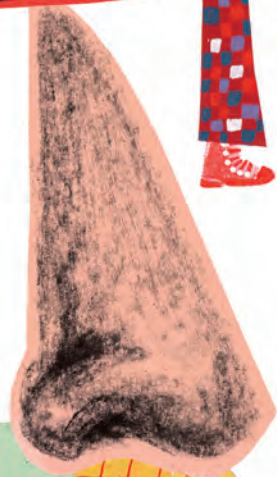


Érase un hombre a una nariz pegado,
érase una nariz superlativa,
érase una nariz sayón y escriba,
érase un peje espada muy barbado;

era un reloj de sol mal encarado,
érase una **alquitara** pensativa,
érase un elefante boca arriba,
era Ovidio Nasón más narizado.

Érase un espolón de una **galera**,
érase una pirámide de Egipto,
las doce tribus de narices era;

érase un naricísimo infinito,
muchísimo nariz, nariz tan fiera
que en la cara de Anás fuera delito.





La flor más grande del mundo

José Saramago

En el cuento que quise escribir, pero que no escribí, hay una aldea. (Ahora comienzan a aparecer algunas palabras difíciles, pero, quien no las sepa, que consulte en un diccionario o que le pregunte al profesor.)

Que no se preocupen los que no conciben historias fuera de las ciudades, ni siquiera las infantiles: a mi niño héroe sus aventuras le esperan fuera del tranquilo lugar donde viven los padres, supongo que también una hermana, tal vez algún abuelo, y una parentela confusa de la que no hay noticia.

Nada más empezar la primera página, sale el niño por el fondo del huerto y, de árbol en árbol, como un jilguero, baja hasta el río y luego sigue su curso, entretenido en aquel perezoso juego que el tiempo alto, ancho y profundo de la infancia a todos nos ha permitido...

Hasta que de pronto llegó al límite del campo que se atrevía a recorrer solo. Desde allí en adelante comenzaba el planeta Marte, efecto literario del que el niño no tiene responsabilidad, pero que la libertad del autor considera conveniente para redondear la frase. Desde allí en adelante, para nuestro niño, hay sólo una pregunta sin literatura: “¿Voy o no voy?”. Y fue.

El río se desviaba mucho, se apartaba, y del río ya estaba un poco hartos porque desde que nació siempre lo estaba viendo. Decidió entonces cortar campo a través, entre extensos olivares, unas veces caminando junto a misteriosos setos vivos cubiertos de campanillas blancas, y otras adentrándose en bosques de altos fresnos donde había claros tranquilos sin rastro de personas o animales, y alrededor un silencio que zumbaba,

y también un calor vegetal, un olor de tallo fresco sangrado como una vena blanca y verde.

¡Oh, qué feliz iba el niño! Anduvo, anduvo, hasta que los árboles empezaron a escasear y era ya un erial, una tierra de rastros bajos y secos, y en medio una inhóspita colina redonda como una taza boca abajo.

Se tomó el niño el trabajo de subir la ladera, y cuando llegó a la cima, ¿qué vio? Ni la suerte ni la muerte, ni las tablas del destino... Era sólo una flor. Pero tan decaída, tan marchita, que el niño se le acercó, pese al cansancio.

Y como este niño es especial, como es un niño de cuento, pensó que tenía que salvar la flor. Pero ¿qué hacemos con el agua? Allí, en lo alto, ni una gota. Abajo, sólo en el río, y ¡estaba tan lejos!...

No importa.

Baja el niño la montaña,
Atraviesa el mundo todo,
Llega al gran río Nilo,
En el hueco de las manos recoge
Cuanta agua le cabía.

Vuelve a atravesar el mundo
Por la pendiente se arrastra,
Tres gotas que llegaron,
Se las bebió la flor sedienta.

Veinte veces de aquí allí,
Cien mil viajes a la Luna,
La sangre en los pies descalzos,
Pero la flor erguida
Ya daba perfume al aire,
Y como si fuese un roble
Ponía sombra en el suelo.



El niño se durmió debajo de la flor. Pasaron horas, y los padres, como suele suceder en estos casos, comenzaron a sentirse muy angustiados. Salió toda la familia y los vecinos a la búsqueda del niño perdido. Y no lo encontraron.

Lo recorrieron todo, desatados en lágrimas, y era casi la puesta de sol cuando levantaron los ojos y vieron a lo lejos una flor enorme que nadie recordaba que estuviera allí.


Fueron todos corriendo, subieron la colina y se encontraron con el niño que dormía. Sobre él, resguardándolo del fresco de la tarde, se extendía un gran pétalo perfumado, con todos los colores del arco iris.

A este niño lo llevaron a casa, rodeado de todo el respeto, como obra de milagro.

Cuando luego pasaba por las calles, las personas decían que había salido de casa para hacer una cosa que era mucho mayor que su tamaño y que todos los tamaños.

Y ésa es la moraleja de la historia.

Éste era el cuento que yo quería contar. Me da mucha pena no saber narrar historias para niños. Pero por lo menos ya conocéis cómo sería la historia, y podréis explicarla de otra manera, con palabras más sencillas que las mías, y tal vez más adelante acabéis sabiendo escribir historias para los niños...

¿Quién me dice que un día no leeré otra vez esta historia, escrita por ti que me lees, pero mucho más bonita?... 

El bosque del haikú

Caña de azúcar

La caña de azúcar,
con sólo mirarla
¡ya endulza!

Elías Nandino

Gota de agua

La gota de agua
cayendo, cayendo,
se sueña Niágara.

José D. Frías





Un mono

El pequeño mono me mira...

¡Quisiera decirme

algo que se le olvida!

José Juan Tablada

Tejocote

Tejocote de miel.

Amigo rural.

Pecas en la piel.

Aurora Reyes



El origen del mundo

Ovidio

Hubo un tiempo muy remoto en que la tierra y el mar aún no se habían separado ni habían adquirido la forma que hoy tienen. Tampoco el cielo, que los cubre por igual a ambos. Por todas partes se extendía una masa confusa y desordenada, a la que llamaban Caos. Un dios cambió esta situación: separó, primero, la tierra del cielo y con sus manos le dio la forma de un enorme globo; luego, hizo que surgieran los campos, que se formaran los valles en las hondonadas, que los bosques se cubrieran de hojas y que se alzaran, orgullosas, las pedregosas montañas. Después, separó la tierra de los mares y les ordenó que la rodearan por todas partes. Añadió numerosas fuentes, lagos y ríos de perezoso curso, que llevan sus aguas al mar. Más alto que la tierra y las aguas colocó el



aire, e hizo que habitaran en él la niebla, las nubes, los truenos, que atemorizan a los seres humanos, y los vientos, que causan los relámpagos y los rayos. Por último, por encima de todo colocó el cielo azul, que no tiene peso ni materia. Cuando todas las cosas estuvieron ordenadas, brillaron por primera vez los astros.

Quiso luego el dios que cada parte estuviera habitada por seres vivos. Así, las estrellas y las fuerzas divinas ocuparon el cielo, la tierra recibió a las fieras, las aguas a los brillantes peces y el agitado aire a las aves. Pero se echaba en falta un ser más noble, más dotado de espíritu, que dominara toda la creación. Entonces nació el hombre. Prometeo lo modeló con sus manos, al mezclar tierra con agua de lluvia, y dio a su obra la forma de los dioses, que todo lo gobiernan. A diferencia de los animales, que andan inclinados, mirando hacia la tierra, hizo al ser humano con el rostro levantado, para que fuese capaz de mirar el cielo y de contemplar las estrellas. 🦋



Animales fabulosos y demonios

Henry Doré

Un emperador de la dinastía **septentrional** Sung emprendió la tarea de clasificar los dragones, de declararlos espíritus de dragón y de elevarlos a la categoría de reyes. Encontramos allí los espíritus-dragones azules, soberanos benévolos; los espíritus-dragones rojos, reyes que bendicen las aguas; los espíritus-dragones amarillos, reyes que prestan un oído benévolo a todas las súplicas; los espíritus-dragones blancos, reyes puros y virtuosos; los espíritus dragones-negros, que son los reyes que viven en las profundidades de las aguas. Otros intentos de clasificación han dado cuatro grupos, a saber: el dragón del cielo; el dragón-espíritu, que produce el viento y la lluvia; el dragón de la tierra, que ocasiona el curso de los ríos pero no puede volar; y el dragón de los tesoros escondidos, que vigila las riquezas en la profundidad de la tierra y las protege de los hombres.

Por lo demás, si alguien creyera que la crítica de semejantes monstruos de la fantasía sólo ha sido posible en el llamado Occidente, le presentaríamos aquí algunas frases de una argumentación china que nos ha sido legada por un autor Han: “O bien es característico del dragón vivir en las nubes y dar allí a luz sus crías, sin bajar a la tierra, o bien sube y baja, y da a luz en la tierra y cuando sus crías crecen vuelven a ascender a las nubes. Cuando se dice que un dragón asciende en el aire, esto significa que es un espíritu, porque si no lo fuera no podría llegar a las nubes, ya que es característico de los espíritus subir tan alto. Sin embargo, un hombre es más noble que el dragón, ¿cómo es, pues, que la criatura más noble no puede subir tan arriba, en tanto que la más baja e inferior sí lo puede?... Además, el dragón tiene un aspecto externo y se mueve, por



consiguiente, en forma visible, y si se mueve así, puede también comer; ahora bien, a un ser que posee un aspecto externo, se mueve visiblemente y come, no se lo puede designar como espíritu. Por otra parte, ¿no se dice acaso en todas partes que el dragón es el rey de las tres distintas clases de animales? Pero en cuanto rey del reino de los animales ha de tener también un cuerpo, porque, ¿qué podría hacer un rey sin cuerpo?”.⁴

El verano del cohete

Ray Bradbury

Un minuto antes era invierno en Ohio; las puertas y las ventanas estaban cerradas, la escarcha empañaba los vidrios, los **carámbanos** bordeaban los techos, los niños esquiaban en las pendientes; las mujeres envueltas en abrigos de piel caminaban pesadamente por las calles heladas como grandes osos negros.

Y de pronto, una larga ola de calor atravesó el pueblo; una marea de aire cálido, como si alguien hubiera dejado abierta la puerta de un horno. El calor latió entre las casas y los arbustos y los niños. Los carámbanos cayeron, se quebraron y se fundieron. Las puertas se abrieron de par en par; las ventanas se levantaron; los niños se quitaron las ropas de lana; las mujeres guardaron en los armarios los disfraces de oso; la nieve se derritió, descubriendo los prados verdes y antiguos del último verano.



El verano del cohete. Las palabras corrieron de boca en boca por las casas abiertas y ventiladas. *El verano del cohete.* El caluroso aire desértico cambió los dibujos de la escarcha en los vidrios, borrando la obra de arte. Los esquíes y los trineos fueron de pronto inútiles. La nieve, que caía sobre el pueblo desde los cielos helados, llegaba al suelo transformada en una lluvia **tórrida**.

El verano del cohete. La gente se asomaba a los porches goteantes y observaba el cielo, cada vez más rojo.

El cohete, instalado en la plataforma de lanzamiento, soplaba rosadas nubes de fuego y calor de horno. El cohete se alzaba en la fría mañana de invierno, creaba verano con cada aliento de los poderosos escapes. El cohete transformaba los climas, y durante unos instantes fue verano en la Tierra... 🍃



microrrelatos 1

Dinosaurio

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí.

Augusto Monterroso



Sueño de la mariposa

Chuang Tzu soñó que era una mariposa. Al despertar, ignoraba si era Tzu que había soñado que era una mariposa o si era una mariposa y estaba soñando que era Tzu.

Chuang Tzu



Escrito con tinta verde

Octavio Paz

La tinta verde crea jardines, selvas, prados,
follajes donde cantan las letras,
palabras que son árboles,
frases que son verdes constelaciones.

Deja que mis palabras, oh blanca, desciendan y te cubran
como una lluvia de hojas a un campo de nieve,
como la yedra a la estatua,
como la tinta a esta página.





La pequeña luciérnaga

Anónimo

Había una vez una comunidad de luciérnagas que vivía en el interior del tronco de un altísimo lampati, uno de los árboles más majestuosos y viejos de Tailandia. Cada anochecer, cuando todo se quedaba a oscuras y en silencio y sólo se oía el murmullo del cercano río, todas las luciérnagas abandonaban el árbol para llenar el cielo de destellos. Jugaban a hacer figuras con sus luces bailando en el aire para crear un sinfín de centelleos luminosos más brillantes y espectaculares que los de un castillo de fuegos artificiales.

Pero entre todas las luciérnagas que habitaban en el lampati, había una muy pequeñita a la que no le gustaba salir a volar.

—No, no, hoy tampoco quiero salir a volar —decía todos los días la pequeña luciérnaga—. Id vosotros que yo estoy muy bien en casita.

Tanto sus abuelos, como sus padres, hermanos y amigos, esperaban con ansiedad a que llegara la noche para salir de casa y brillar en la oscuridad. Se lo pasaban tan bien que no comprendían cómo la pequeña luciérnaga no les acompañaba nunca. Le insistían una y otra vez para que fuera con ellas a volar, pero no había manera de convencerla. La pequeña luciérnaga siempre se negaba.

—¡Que no quiero salir a volar! —repetía la pequeña luciérnaga—. ¡Mira que sois pesados, eh!

Toda la comunidad de luciérnagas estaba muy preocupada por la actitud de la pequeña.

—Hemos de hacer algo con esta hija —decía su madre angustiada—. No puede ser que la pequeña no quiera salir nunca de casa.

—No te preocupes, mujer —añadía su padre intentando calmarla—. Ya verás cómo todo se arregla y cualquier día de éstos sale a volar con nosotros.

Pero pasaban los días y la pequeña luciérnaga seguía encerrada sin salir de casa.

Un anochecer, cuando todas las luciérnagas habían salido a volar, la abuela luciérnaga se acercó a la pequeña y le preguntó con toda la delicadeza del mundo:

—¿Qué te sucede, mi pequeña niña? ¿Por qué nunca quieres salir de casa? ¿Cuál es la razón por la que nunca quieres venir a volar e iluminar la noche con nosotros?

—¡No me gusta volar! —respondió la pequeña luciérnaga.

—Pero ¿por qué no te gusta volar ni mostrar tu luz? —insistió la abuela.

—Pues... —explicó por fin la pequeña luciérnaga—, para qué he de salir si con la luz que tengo nunca podré brillar como la luna. La luna es grande y brillante y yo a su lado no soy nada. Soy tan pequeñita que a su lado no soy más que una ridícula chispita. Por eso nunca quiero salir de casa y volar, porque nunca brillaré como la luna.

La abuela escuchó con atención las razones que le dio la pequeña luciérnaga.

—¡Ay, mi niña! —dijo con una sonrisa—. Hay una cosa de la luna que has de saber y que, por lo visto, desconoces. Y lo sabrías si al menos salieras de casa de vez en cuando. Pero como no es así, pues, claro, no lo sabes.

—¿Y qué es lo que debo saber de la luna y que no sé? —preguntó la pequeña luciérnaga presa de la curiosidad.

—Has de saber que la luna no tiene la misma luz todas las noches —respondió la abuela—. La luna es tan variable que cambia todos

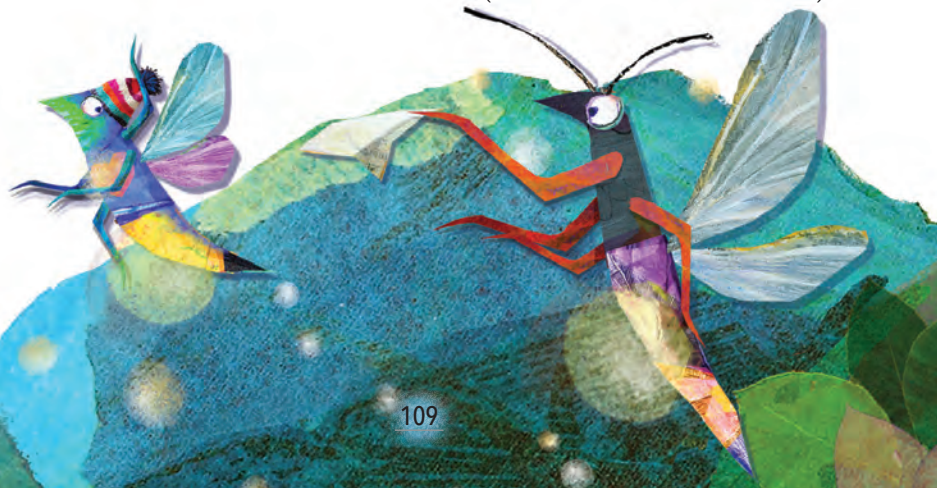
los días. Hay noches en que está radiante, redonda como una pelota brillando desde lo más alto del cielo. Pero, en cambio, hay otros días en que se esconde, su brillo desaparece y deja al mundo sumido en la más profunda oscuridad.

—¿De veras que hay noches en que se esconde la luna? —se sorprendió la pequeña.

—¡Claro que sí, mi niña! —continuó explicando la abuela—. La luna cambia constantemente. Hay veces que crece y otras que se hace pequeña. Hay noches en que es enorme, de un color rojo, y otros días en que se hace invisible y desaparece entre las sombras o detrás de las nubes. La luna cambia constantemente y no siempre brilla con la misma intensidad. En cambio tú, pequeña luciérnaga, siempre brillarás con la misma fuerza y siempre lo harás con tu propia luz.

La pequeña luciérnaga se quedó asombrada ante las explicaciones de la abuela. Nunca se habría podido imaginar que la luna fuera tan variable, que brillaba o que se apagaba según los días. Y a partir de entonces, la pequeña luciérnaga salió cada noche del interior del gran lampati para salir a volar con su familia y sus amigos. Y así fue como la pequeña luciérnaga aprendió que cada uno ha de brillar con su propia luz. 🌸

(Relato tradicional de Tailandia.)



La luna

Jaime Sabines

La luna se puede tomar a cucharadas
o como una cápsula cada dos horas.
Es buena como **hipnótico** y sedante
y también alivia
a los que se han intoxicado de filosofía.
Un pedazo de luna en el bolsillo
es mejor amuleto que la pata de conejo:
sirve para encontrar a quien se ama,
para ser rico sin que lo sepa nadie
y para alejar a los médicos y las clínicas.
Se puede dar de postre a los niños
cuando no se han dormido,
y unas gotas de luna en los ojos de los ancianos
ayudan a bien morir.



Pon una hoja tierna de la luna
debajo de tu almohada
y mirarás lo que quieras ver.
Lleva siempre un frasquito del aire de la luna
para cuando te ahogues,
y dale la llave de la luna
a los presos y a los desencantados.
Para los condenados a muerte
y para los condenados a vida
no hay mejor estimulante que la luna
en dosis precisas y controladas.





El alux del cenote

Anónimo

Aquí en las tierras de El Mayab, como en todo el país, existen historias de duendes traviesos. Nosotros les llamamos aluxes.

Yo nunca he visto uno, para qué decir mentiras, pero un amigo del pueblo de Teabo sí. Les voy a contar lo que le pasó.

Un día estaba mi amigo Manuel sembrando maíz en su milpa cuando los rayos del Sol le recordaron que ya era hora de tomar agua. Fue a buscar su morral que había dejado en el tronco de un árbol de chanté, pero cuando sacó su calabazo vio que estaba vacío.

Sin preocuparse mucho se limpió el sudor y encaminó sus pasos hacia el cenote que no distaba mucho de su parcela. Aquel día se sentía contento y pensó que después de todo era mejor que el calabazo estuviera vacío, pues así haría su pozole con agua fresca.

Llegó a la gruta donde está el cenote y, mientras llenaba su calabazo y se refrescaba, Manuel sintió que alguien le miraba desde algún lugar. Volteó de prisa hacia todos lados hasta que vio a alguien parado sobre una piedra.

Era pequeño, gordito, de ojos verdes y mejillas sonrosadas; de sus hombros colgaba una escopeta y un morral, y tenía un sombrero en la cabeza. Parecía un campesino, nada más que chiquito, que se iba al trabajo.

Como Manuel todavía no conocía a los aluxes, después del primer susto que se llevó con la sorpresa, siguió llenando su calabazo.

—¿Quién eres tú? No te había visto, si te hubiera echado agua no habría sido mi culpa.

Entonces se dio cuenta que el hombrecito había desaparecido y sintió miedo.



Salió de la gruta y se fue corriendo hasta el pueblo, en donde lo primero que hizo fue contarle al viejo Jacinto lo que pasó. Él lo escuchó atento, y después le dijo:

—Lo que viste fue un alux, así como lo ves de pequeñito no le llevas ventaja en fuerza, es muy travieso y a veces, cuando está molesto, puede ser malo. Vamos, Manuel, muéstrame dónde estaba.

La verdad es que Manuel de buena gana hubiera dicho que no, pues todavía le duraba el susto. Pero como le daba vergüenza que Jacinto pensara que tenía miedo, lo llevó hasta la gruta del cenoté.

Al llegar buscaron por todas partes, pero no encontraron a nadie, sólo vieron las pisadas pequeñas y redonditas de los pies del alux.

—Será mejor que nos vayamos —dijo Jacinto—, no sea que esté durmiendo el alux y lo estemos molestando.

Y salieron de la gruta en la que sólo quedaron el agua y el viento. 🍃

(Relato tradicional de El Mayab.)

El viaje

Charles Baudelaire

Para el niño que adora los grabados y mapas
mide el mundo lo mismo que su vasto deseo;
¡universo grandioso a la luz de una lámpara,
pero tan diminuto a la luz del recuerdo!







Chingolo

Silvina Ocampo

Lo llamaban Chingolo, pero se llamaba Horacio y era amigo de un árbol. Solía tocar el tambor debajo de un gomero frondoso que tenía un hueco en su tronco abierto al cielo como una ventana. Un día Chingolo oyó, dentro del árbol, una voz que lo llamaba. Entró en el hueco del tronco. Un hombrecito cuyo cuerpo y cuya cabeza estaban enteramente cubiertos por una suerte de media verde, le dijo:

—¿En qué querés transformarte?

Chingolo pensó un rato, y respondió:

—En tigre.

—Miércoles —dijo el hombrecito.

—Hoy es jueves —contestó Chingolo.

—La gran flauta.

—Esto es un tambor —protestó Chingolo.

—Es lo mismo —exclamó el hombrecito.

En cuanto pronunció esas palabras, Chingolo vio que sus piernas se cubrían de pelo; no pudo ver su cara porque no tenía espejo; al querer silbar no pudo juntar los labios y sintió que sus mandíbulas pesadas se abrían desmesuradamente para bostezar. “Este sueño que tengo no es mío”, pensó, “es un sueño de tigre”. Lentamente salió del interior del árbol y con temor se aventuró por los caminos de la plaza. Le resultaba difícil caminar sobre las piedritas porque tenía las uñas muy afiladas y largas.

Eran las cuatro de la tarde y había mucha gente paseando. Un hombre que vendía globos y juguetes cruzó frente al árbol donde Chingolo

daba sus primeros pasos de tigre. El vendedor ambulante, que estaba acostumbrado a ver tigres de juguete, se le acercó:

—¿Quién sos? —preguntó guiñando un ojo.

—Soy un tigre —contestó Chingolo, sentándose sobre las patas traseras—. ¿No me tenés miedo?

—¡Un tigre a una cuadra de la iglesia del Pilar y de la plaza Francia el 24 de diciembre de 1960! Tengo que anotarlo. Saldrá en los diarios.

—¿Por qué no? Suceden cosas extrañas —dijo Chingolo, dando su primer rugido.

El vendedor, aterrado, huyó y dejó los globos y la canasta llena de juguetes. Chingolo se sentó en el suelo para revisar la canasta. A pesar de ser tigre, le gustaban los juguetes. Eligió una pelota azul y roja, que tuvo que dejar, un diablo de lana y un monito de celuloide, y siguió caminando. Al verlo avanzar, un ciclista echó a correr y abandonó la bicicleta. La plaza ya estaba desierta. Todo el mundo se había escapado, algunos niños se habían trepado a los árboles. Chingolo comenzó a reír a carcajadas; el rugido ahuyentó los pájaros. Lentamente cruzó la plaza, luego la calle, en bicicleta. La gente, distraída, no advirtió inmediatamente que el ciclista



era un tigre. Cuando llegó a la confitería de la esquina se detuvo, bajó de la bicicleta y, avergonzado, pues todavía no se habituaba a ser tigre, se acercó a las mesas que estaban en la acera. Algunas señoras que estaban tomando chocolate se desmayaron. Chingolo se sentó a la mesa donde había una jarra con naranjada y una torta cubierta de azúcar rosada, y se puso a comer. Hacía mucho tiempo que no comía. El mozo trajo unos helados que le habían pedido las señoras que estaban desmayadas bajo la mesa. Era un mozo valiente y no se dejó intimidar por el tigre.

Sacó de su bolsillo la boleta y la colocó sobre la mesa.

—No tengo plata —dijo el tigre—. Soy pobre y además de ser pobre soy tigre. No tengo bolsillos.

—Pero tenés estómago y bien grande —respondió el mozo sin perturbarse—. Tu piel vale más que cualquiera de estas bebidas —continuó, haciendo sonar las monedas en su bolsillo—. Matándote todo está arreglado.

El mozo sonrió y se acercó al teléfono; discó un número rápidamente. A través del vidrio de la puerta mientras hablaba observaba a Chingolo que tragaba tazas de chocolate y comía tortas y sándwiches con



voracidad. Cuando terminó de comer la porción que se había apropiado de esa mesa, comió todos los restos que quedaban en las otras, luego se acercó al mostrador, comió todo el contenido de una frutera y una pata de jamón que colgaba del techo. Los tigres comen mucho, mucho, muchísimo, requetemuchísimo. A lo lejos divisó a unos agentes de policía secreta y a unos señores con impermeables blancos, con ametralladoras, que venían caminando. De un salto el tigre alcanzó la calle, la cruzó y se dirigió al árbol, con toda la policía corriendo detrás de él. Entró en el hueco del gomero y la gente quedó esperando. Se oyeron algunos extraños murmullos y luego apareció Chingolo. Le preguntaron:

—¿No pasó por aquí un tigre?

—Pasó, pero se fue —contestó Chingolo. 🐼



Paz

Alfonsina Storni

Vamos hacia los árboles... el sueño
Se hará en nosotros por virtud celeste.
Vamos hacia los árboles; la noche
Nos será blanda, la tristeza leve.

Vamos hacia los árboles, el alma
Adormecida de perfume **agreste**.
Pero calla, no hables, sé piadoso;
No despiertes los pájaros que duermen.



La conducta de los pájaros

Len Howard

Parece evidente que los pájaros pueden comunicarse entre sí mediante leves inflexiones de voz y movimientos, pues observo que los que me conocen bien entienden muchas cosas por su sensitiva interpretación de mi voz o de mi menor movimiento. Por ejemplo, cuando los carboneros mayores quieren picotear mi mantequilla, cosa que saben prohibida, se posan a cierta distancia y miran primero la mantequilla y luego mi cara, vacilando aunque deseando darse gusto, pues les entusiasma la mantequilla. Si les digo cariñosamente “adelante”, avanzan con aplomo y la devoran. Si digo “no” con cierta severidad se quedan donde están, pero continúan mirando con aire suplicante, a mí primero y luego a



la mantequilla. Un “no” más severo los manda volando hasta la abierta ventana, pero si los llamo de pronto, “venid”, en un tono muy afectuoso, regresan en seguida, y si me estoy quieta, saltan de pulgada en pulgada a través de la mesa y hacia la mantequilla, mirándome siempre por si hago alguna señal reprobatoria. Una vez puestos en guardia con el primer “no”, no avanzan con la seguridad que manifiestan si los estímulo diciendo “adelante”. Interpretan correctamente cualquier signo reprobatorio en la voz o el movimiento, y sin un matiz de voz que los anime no tocarán la mantequilla mientras los miro, porque se lo prohibí una o dos veces con una negativa enojada. Su extraordinaria sensibilidad les hace aprender con gran rapidez. Necesito conocer al pájaro antes de poder comunicarme con él mediante inflexiones de voz; los extraños dudan a causa de su nerviosidad, pero los carboneros mayores suelen comprenderme en seguida. 🍃



Natsiká

Celerina Patricia Sánchez Santiago

Tsíká tsaá nuú ñu'ún yo'ó nchaá tsana'á
nuú ntsitsika kue natsanú nda'á tsi chí iso
nuú nikanchí tsi kue yoo savi
ra yo'ó ingáyu tisi kue tú in núu ndó o
Tu'un tsá vííñaá ndakani tsi naa ndaku'un ino
Tu'un ñaa tsa a chi I takua ndaki on ichí
Kue tu'un ñña kunu in ora ndakasía nuúgo
Tu'un ñaa sa a yivi



Viaje

Celerina Patricia Sánchez Santiago

Con mis pies descalzos he recorrido el camino de los ancestros
donde las abuelas caminaron con pasos firmes y contundentes
bajo el sol de muchas primaveras para no morir
aquí estoy con mi **tenate** de palabra
con un canto a su historia y su memoria
las palabras son fuerza/valor/camino
y van tejiendo nuestro ser
palabras que construyen mundos

(Poema bilingüe mixteco-español.)



El león y el perrito

León Tolstói

En un zoológico de Londres, la gente podía ver a las fieras a cambio de dinero o de perros y gatos que servían como alimento.

Un hombre tuvo ganas de verlas, así que recogió a un perrito en la calle y lo llevó al zoológico. Al hombre lo dejaron entrar, y al perrito lo echaron en la jaula del león para que se lo comiera.

El perrito metió la cola entre las patas y se apretó contra uno de los rincones de la jaula. El león se le acercó y lo olfateó.

El perrito se echó patas arriba y movió la cola.

El león lo rozó con una de sus zarpas y le dio la vuelta.

El perrito se levantó y se sentó sobre sus dos patitas traseras frente al león.

El león estuvo mirando al perrito, moviendo la cabeza a un lado y al otro, pero no lo tocó.

Cuando el dueño le echó un trozo de carne al león, éste le arrancó un pedazo para que el perrito comiera.

Por la noche, cuando el león se acostó a dormir, el perrito se acurrucó junto a él y apoyó su cabecita sobre la pata del león.

A partir de entonces, el perrito vivió en la misma jaula que el león. El león no le hacía daño, no comía sino la comida que le daban, dormía junto al perrito y a veces incluso jugaba con él.



Un buen día llegó un señor al zoológico y al ver al perrito lo reconoció. Dijo que ese perrito le pertenecía y le pidió al dueño del zoológico que se lo devolviera. El dueño quiso devolvérselo, pero en cuanto llamaron al perrito para sacarlo de la jaula, el león se enfureció y soltó un rugido tremebundo.

Así vivieron el león y el perrito un año entero en la misma jaula.

Al cabo del año, el perrito enfermó y murió. El león dejó de comer, y no hacía más que olfatear al perrito, lo lamía y lo tocaba con la pata.

Cuando se dio cuenta de que había muerto dio un respingo, se puso furioso, agitó la cola golpeándose con ella el cuerpo, luego se lanzó contra los barrotes de la jaula dando dentelladas a los cerrojos y royendo el suelo.

El día entero estuvo inquieto, caminando de un lado al otro de la jaula y rugiendo dolorosamente. Después se echó al lado del perrito muerto y se calmó. El dueño quiso sacar al perrito muerto, pero el león no permitía que nadie se acercara al animalito.

El dueño pensó que el león olvidaría su pena si le daban otro perrito y metió en la jaula a un perrito vivo, pero el león lo despedazó en el acto.

Después abrazó con sus patas al perrito muerto y se quedó echado junto a él cinco días.

Al sexto, el león murió. 🦁





Apuntes para mis hijos

Benito Juárez

En 21 de marzo de 1806 nací en el pueblo de San Pablo Guelatao de la jurisdicción de Santo Tomás Ixtlán en el Estado de Oaxaca. Tuve la desgracia de no haber conocido a mis padres Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza primitiva del país, porque apenas tenía yo tres años cuando murieron, habiendo quedado con mis hermanas María Josefa y Rosa al cuidado de nuestros abuelos paternos Pedro Juárez y Justa López, indios también de la nación zapoteca. Mi hermana María Longinos, niña recién nacida, pues mi madre murió al darla a luz, quedó a cargo de mi tía materna Cecilia García. A los pocos años murieron mis abuelos, mi hermana María Josefa casó con Tiburcio López, del pueblo de Santa María Yahuiche. Mi hermana Rosa casó con José Jiménez, del pueblo de Ixtlán y yo quedé bajo la tutela de mi tío Bernardino Juárez, porque de mis demás tíos: Bonifacio Juárez había ya muerto, Mariano Juárez vivía por separado con su familia y Pablo Juárez era aún menor de edad.

Como mis padres no me dejaron ningún patrimonio y mi tío vivía de su trabajo personal, luego que tuve uso de razón me dediqué hasta donde mi tierna edad me lo permitía, a las labores del campo. En algunos ratos desocupados mi tío me enseñaba a leer, me manifestaba lo útil y conveniente que era saber el idioma castellano y como entonces era sumamente difícil para la gente pobre y muy especialmente para la clase indígena adoptar otra carrera científica que no fuese la eclesiástica, me indicaba sus deseos de que yo estudiase para ordenarme. Estas indicaciones y los ejemplos que se me presentaban de algunos


de mis paisanos que sabían leer, escribir y hablar la lengua castellana y de otros que ejercían el ministerio sacerdotal, despertaron en mí un deseo vehemente de aprender, en términos de que cuando mi tío me llamaba para tomarme mi lección, yo mismo le llevaba la disciplina para que me castigase si no la sabía, pero las ocupaciones de mi tío y mi dedicación al trabajo diario del campo contrariaban mis deseos y muy poco o nada adelantaba en mis lecciones. Además, en un pueblo corto, como el mío, que apenas contaba con veinte familias y en una época en que tan poco o nada se cuidaba de la educación de la juventud, no había



escuela, ni siquiera se hablaba la lengua española, por lo que los padres de familia que podían costear la educación de sus hijos los llevaban a la ciudad de Oaxaca con este objeto y los que no tenían la posibilidad de pagar la pensión correspondiente los llevaban a servir en las casas particulares a condición de que les enseñasen a leer y a escribir. Éste era el único medio de educación que se adoptaba generalmente no sólo en mi pueblo, sino en todo el Distrito de Ixtlán de manera que era una cosa notable en aquella época, que la mayor parte de los sirvientes de las casas de la ciudad era de jóvenes de ambos sexos de aquel Distrito. Entonces



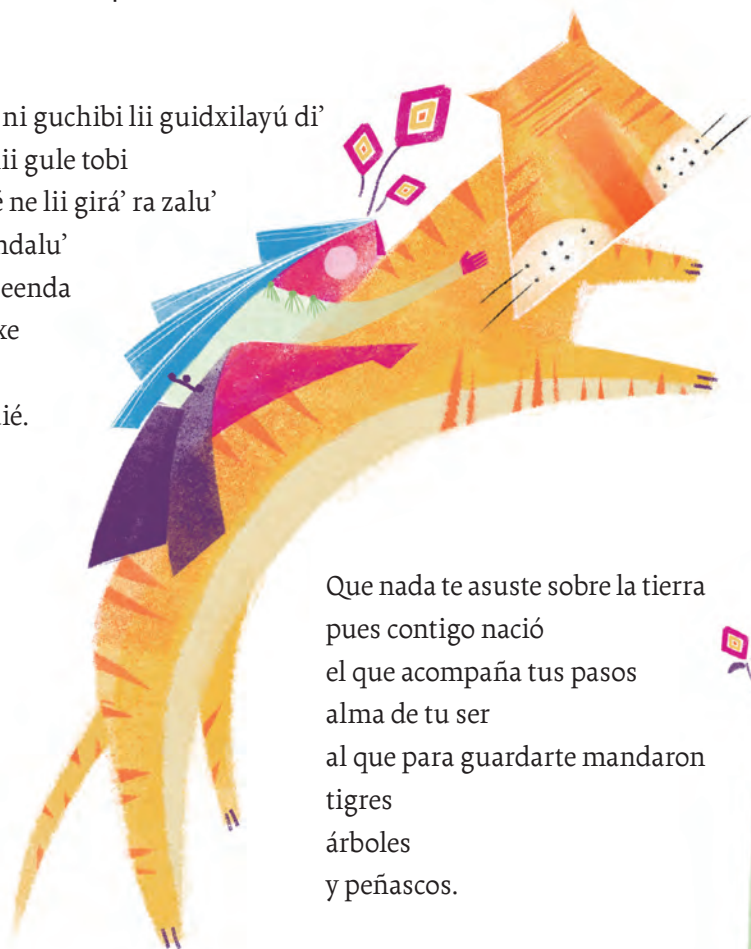
más bien por estos hechos que yo palpaba, que por una reflexión madura de que aún no era capaz, me formé la creencia de que sólo yendo a la ciudad podría aprender y al efecto insté muchas veces a mi tío para que me llevase a la Capital; pero sea por el cariño que me tenía, o por cualquier otro motivo, no se resolvía y sólo me daba esperanzas de que alguna vez me llevaría.

Por otra parte, yo también sentía repugnancia de separarme de su lado, dejar la casa que había amparado mi niñez y mi orfandad y abandonar a mis tiernos compañeros de infancia con quienes siempre se contraen relaciones y simpatías profundas que la ausencia lastima, marchitando el corazón. Era cruel la lucha que existía entre estos sentimientos y mi deseo de ir a otra sociedad, nueva y desconocida para mí, para procurarme mi educación. Sin embargo el deseo fue superior al sentimiento y el día 17 de diciembre de 1818 y a los doce años de mi edad me fugué de mi casa y marché a pie a la ciudad de Oaxaca adonde llegué en la noche del mismo día, alojándome en la casa de don Antonio Maza en que mi hermana María Josefa servía de cocinera. En los primeros días me dediqué a trabajar en el cuidado de la granja ganando dos reales diarios para mi subsistencia, mientras encontraba una casa en que servir. Vivía entonces en la ciudad un hombre piadoso y muy honrado que ejercía el oficio de encuadernador y empastador de libros. Vestía el hábito de la Orden Tercera de San Francisco y aunque muy dedicado a la devoción y a las prácticas religiosas, era bastante despreocupado y amigo de la educación de la juventud. Las obras de Feijoo y las epístolas de San Pablo eran los libros favoritos de su lectura. Ese hombre se llamaba don Antonio Salanueva quien me recibió en su casa ofreciendo mandarme a la escuela para que aprendiese a leer y a escribir. De este modo quedé establecido en Oaxaca en 7 de enero de 1819. 

Poesía

Irma Pineda Santiago

Gasti ni guchibi lii guidxilayú di'
ti ne lii gule tobi
ne zió ne lii girá' ra zalu'
xquéndalu'
ni biseenda
beedxé
yaga
ne guié.



Que nada te asuste sobre la tierra
pues contigo nació
el que acompaña tus pasos
alma de tu ser
al que para guardarte mandaron
tigres
árboles
y peñascos.

(Poema bilingüe zapoteco-español.)

Microrelatos 2



El mono de la tinta

Este animal abunda en las regiones del Norte y tiene cuatro o cinco pulgadas de largo; está dotado de un instinto curioso; los ojos son como **cornalinas**, y el pelo es negro azabache, sedoso y flexible, suave como una almohada. Es muy aficionado a la tinta china, y cuando las personas escriben, se sienta con una mano sobre la otra y las piernas cruzadas esperando que hayan concluido y se bebe el sobrante de la tinta. Después vuelve a sentarse en cuclillas, y se queda tranquilo.

Jorge Luis Borges

El sueño del rey

—Ahora está soñando. ¿Con quién sueña? ¿Lo sabes?

—Nadie lo sabe.

—Sueña contigo. Y si dejara de soñar, ¿qué sería de ti?

—No lo sé.

—Desaparecerías. Eres una figura de un sueño. Si se despertara ese rey te apagarías como una vela.

Lewis Carroll



En lo alto

Eliseo Diego

Un pájaro en lo alto,
en lo más fino
del árbol alto,
un tomeguín
nervioso, breve, tan liviano

como un soplo de luz,
está cantando,
su propia levedad,
la maravilla
de su increíble ser

—su pura vida
minúscula, perfecta, iluminada.



El niño de junto al cielo

Enrique Congrains Martín

Por alguna desconocida razón, Esteban había llegado al lugar exacto, precisamente al único lugar... Pero ¿no sería, más bien, que “aquello” había venido hacia él? Bajó la vista y volvió a mirar. Sí, ahí seguía el billete anaranjado, junto a sus pies, junto a su vida.

¿Por qué, por qué él?

Su madre se había encogido de hombros al pedirle él autorización para conocer la ciudad, pero después le advirtió que tuviera cuidado con los carros y con las gentes. Había descendido desde el cerro hasta la carretera y, a los pocos pasos, divisó “aquello” junto al sendero que corría paralelamente a la pista.

Vacilante, incrédulo, se agachó y lo tomó entre sus manos. Diez, diez, diez, era un billete de diez soles, un billete que contenía muchísimas pesetas, innumerables reales. ¿Cuántos reales, cuántos medios exactamente? Los conocimientos de Esteban no abarcaban tales complejidades y, por otra parte, le bastaba con saber que se trataba de un papel anaranjado que decía “diez” por sus dos lados.

Siguió por el sendero, rumbo a los edificios que se veían más allá de ese otro cerro cubierto de casas. Esteban caminaba unos metros, se detenía y sacaba el billete de su bolsillo para comprobar su indispensable presencia. ¿Había venido el billete hacia él —se preguntaba— o era él el que había ido hacia el billete?

Cruzó la pista y se internó en un terreno salpicado de basuras, desperdicios de albañilería y excrementos; llegó a una calle y desde allí divisó el famoso mercado, el mayorista, del que tanto había oído hablar. ¿Eso

era Lima, Lima, Lima?... La palabra le sonaba a hueco. Recordó: su tío le había dicho que Lima era una ciudad grande, tan grande que en ella vivían un millón de personas.

¿La bestia con un millón de cabezas? Esteban había soñado hacía unos días, antes del viaje, en eso: una bestia con un millón de cabezas. Y ahora él, con cada paso que daba, iba internándose dentro de la bestia...

Se detuvo, miró y meditó: la ciudad, el mercado mayorista, los edificios de tres y cuatro pisos, los autos, la infinidad de gentes —algunas como él, otras no como él— y el billete anaranjado, quieto, dócil en el bolsillo de su pantalón. El billete llevaba el “diez” por ambos lados y en eso se parecía a Esteban. Él también llevaba el “diez” en su rostro y en su conciencia. El “diez años” lo hacía sentirse seguro y confiado, pero sólo hasta cierto punto. Antes, cuando comenzaba a tener noción de las cosas y de los hechos, la meta, el horizonte había sido fijado en los diez años. ¿Y ahora? No, desgraciadamente no. Diez años no era todo. Esteban se sentía incompleto aún. Quizá si cuando tuviera doce, quizá si cuando llegara a los quince. Quizá ahora mismo, con la ayuda del billete anaranjado.

Estuvo dando vueltas, **atisbando** dentro de la bestia, hasta que llegó a sentirse parte de ella. Un millón de cabezas y, ahora, una más. La gente se movía, se agitaba, unos iban en una dirección, otros en otra, y él, Esteban, con el billete anaranjado, quedaba siempre en el centro de todo, en el ombligo mismo. 🍃





Luciérnagas

Gioconda Belli

A las cinco de la tarde
Cuando el resplandor se queda sin brillo
Y el jardín se sumerge en el último hervor dorado del día
Oigo el grupo bullicioso de niños
Que salen a cazar luciérnagas.

Corriendo sobre el pasto
Se dispersan entre los arbustos,
Gritan su excitación, palpan su deslumbre
Se arma un círculo alrededor de la pequeña
Que muestra la encendida cuenca de sus manos
Titilando.





Antiguo oficio humano
Este de querer atrapar la luz.

¿Te acordás de la última vez que creímos poder iluminar la noche?

El tiempo nos ha vaciado de **fulgor**.
Pero la oscuridad
Sigue poblada de luciérnagas.





El origen de las diferencias entre los mayas

Rosario Castellanos

Al principio, eran cuatro únicamente los señores del cielo. Cada uno estaba sentado en su silla, descansando. Porque ya habían hecho la tierra, tal como ahora la contemplamos, colmándole el regazo de dones. Ya habían hecho el mar frente al que tiembla el que lo mira. Ya habían hecho el viento para que fuera como el guardián de cada cosa, pero aún les faltaba hacer al hombre. Entonces uno de los cuatro señores, el que se viste de amarillo, dijo:

—Vamos a hacer al hombre para que nos conozca.

Los otros tres aprobaron con un signo de su cabeza y fueron a buscar los moldes del trabajo.

—¿De qué haremos al hombre? —preguntaban.

Y el que se vestía de amarillo cogió una **pella** de barro y con sus dedos fue sacando la cara y los brazos y las piernas. Pero cuando aquel hombrecito de barro estuvo terminado y pasó por la prueba del agua, se desbarató.

—Hagamos un hombre de madera, dijo el que se vestía de rojo. Los demás estuvieron de acuerdo. Cuando aquel hombrecito de madera estuvo hecho fue sometido a la prueba de agua y flotó. Los cuatro señores estaban contentos. Pero cuando pasaron al hombrecito de madera por la prueba del fuego empezó a crujir y a desfigurarse.

Los cuatro señores se estuvieron una noche entera cavilando. Hasta que uno, el que se vestía de negro, dijo:

—Mi consejo es que hagamos un hombre de oro.

Y sacó el oro que guardaba en un nudo de su pañuelo y entre los cuatro lo moldearon. Cuando el hombre de oro estuvo terminado lo hicieron pasar por la prueba del agua y por la del fuego y el hombre de oro salió más hermoso y más resplandeciente. Entonces los cuatro señores se miraron entre sí con complacencia. Y colocaron al hombre de oro en el suelo y se quedaron esperando que los conociera y que los alabara. Pero el hombre de oro permanecía sin moverse, sin parpadear, mudo. Entonces tres de los cuatro señores le preguntaron al que todavía no había dado su opinión:

—¿De qué haremos al hombre?

Y éste, que no se vestía ni de amarillo ni de rojo ni de negro, que tenía un vestido de ningún color, dijo:

—Hagamos al hombre de carne.

Y con su machete se cortó los dedos de la mano izquierda. Y los dedos volaron en el aire y vinieron a caer en medio de las cosas sin haber pasado por la prueba del agua ni por la del fuego. Los cuatro señores se fueron quedando dormidos porque estaban cansados y ya eran viejos.



Mientras tanto en la tierra, los hombres de carne, estaban en un ir y venir, como las hormigas. Y un día se quedaron pasmados al ver enfrente de ellos al hombre de oro. Se estuvieron allí, esperando que el hombre de oro les hablara. Llegó la hora de comer y los hombres de carne fueron cargando al hombre de oro. Y día con día la dureza de corazón del hombre de oro fue resquebrajándose hasta que la palabra de gratitud que los cuatro señores habían puesto en él subió hasta su boca.

Los señores despertaron al escuchar su nombre entre las alabanzas. Y miraron lo que había sucedido en la tierra durante su sueño. Y lo aprobaron. Y desde entonces llaman rico al hombre de oro y pobres a los hombres de carne. Y dispusieron que el rico cuidara y amparara al pobre por cuanto que de él había recibido beneficios. Y ordenaron que el pobre respondería por el rico ante la cara de la verdad. Por eso dice nuestra ley que ningún rico puede entrar al cielo si un pobre no lo lleva de la mano. ✍



El conde de Montecristo

Alejandro Dumas

El sol había recorrido ya la tercera parte de su carrera y sus rayos caían sobre las rocas, que parecían sensibles a su calor. Miles de cigarras, invisibles entre los matorrales, producían un murmullo monótono y continuo. Con cada paso que Edmundo Dantés daba sobre el granito recalentado, salían huyendo lagartos, verdes como las esmeraldas. Se sentía solitario, y también experimentaba una extraña emoción muy parecida al miedo.

No tardó en producirse una explosión: la roca superior fue levantada por una enorme fuerza, y la inferior se hizo pedazos. Por la primera abertura salió un mundo de insectos asustados y una culebra enorme, guardiana del misterioso camino, que deslizándose, desapareció.

—Vamos —se dijo Dantés—. Tengo que ser valiente y estar ya habituado a la adversidad; no debo dejarme abatir por la decepción. De no ser así, mis sufrimientos no habrán servido de nada. El corazón se destroza cuando, después de haberse dilatado por la esperanza, se contrae ante la fría realidad.


Dantés quedó inmóvil, pensativo, con la mirada fija en aquella abertura tenebrosa. Un espacio quedó despejado y pudo reconocer un arca de madera y hierro cincelado. No cabía la menor duda: el tesoro estaba allí. Tomó el cofre por las asas, pero fue imposible. Luego quiso abrirlo, pero la cerradura era demasiado fuerte. Hizo presión entre el arca y su tapa con su azada, y la cerradura saltó.

Una angustia febril se apoderó de Dantés. Primero cerró los ojos, como hacen los niños, para percibir en la noche centelleante de su

imaginación más estrellas de las que se pueden contar en el cielo. Después abrió el cofre y quedó deslumbrado.

El arca estaba dividida en tres compartimentos. En el primero brillaban deslumbrantes los escudos de oro. En el segundo había lingotes de oro. El tercero estaba lleno a medias y de él Edmundo tomó un puñado de diamantes, perlas y rubíes que, al caer unos sobre otros en una catarata centelleante, hacían el ruido del granizo que se estrella contra el cristal de una ventana.

Después de haber tocado, palpado, hundido sus manos temblorosas en el oro y la pedrería, se incorporó y se puso a correr por las cavernas, con la exaltación de un hombre presa de la locura. Saltó sobre una roca, desde donde pudo ver el mar, y no distinguió ninguna barca. Estaba solo, completamente solo con las incalculables, inauditas, fabulosas riquezas que ahora le pertenecían.

Se llevó las manos a la cabeza como para impedir que su razón huyera. Dantés vio que la claridad se iba extinguiendo poco a poco. Un trozo de galleta y unos tragos de ron fueron su cena. Luego tapó la entrada a la gruta con una piedra y se tumbó sobre ella. Así durmió. Aquella noche fue, al mismo tiempo, una de las más deliciosas y una de las más terribles de su vida entre todas las que aquel hombre, destinado a emociones fulminantes, había pasado. 



La calle

Octavio Paz

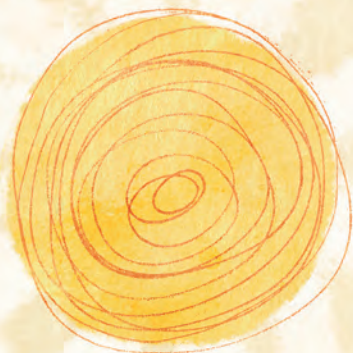
Es una calle larga y silenciosa.
Ando en tinieblas y tropiezo y caigo
y me levanto y piso con pies ciegos
las piedras mudas y las hojas secas
y alguien detrás de mí también las pisa:
si me detengo, se detiene;
si corro, corre. Vuelvo el rostro: nadie.
Todo está oscuro y sin salida,
y doy vueltas y vueltas en esquinas
que dan siempre a la calle
donde nadie me espera ni me sigue,
donde yo sigo a un hombre que tropieza
y se levanta y dice al verme: nadie.



Tejiendo la mañana

João Cabral de Melo Neto

Un gallo solitario no teje una mañana:
siempre necesitará a otros gallos.
De uno que tome el grito que lanzó
y lo lance a otro; de otro gallo
que reciba ese grito de ese otro
y lo envíe a otros gallos más
que con muchos otros entrecrucen
los hilos de sol de sus gritos de gallo,
para que la mañana, desde una tela tenue,
se vaya tejiendo entre todos ellos.





La luz es como el agua

Gabriel García Márquez

En Navidad los niños volvieron a pedir un bote de remos.

—De acuerdo —dijo el papá—, lo compraremos cuando volvamos a Cartagena.

Totó, de nueve años, y Joel, de siete, estaban más decididos de lo que sus padres creían.

—No —dijeron a coro—. Nos hace falta ahora y aquí.

—Para empezar —dijo la madre—, aquí no hay más aguas navegables que la que sale de la ducha.

Tanto ella como el esposo tenían razón. En la casa de Cartagena de Indias había un patio con un muelle sobre la bahía, y un refugio para dos yates grandes. En cambio aquí en Madrid vivían apretujados en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. Pero al final ni él ni ella pudieron negarse, porque les habían prometido un bote de remos con su **sexante** y su brújula si se ganaban el laurel del tercer año de primaria, y se lo habían ganado. Así que el papá compró todo sin decirle nada a su esposa, que era la más reacia a pagar deudas de juego. Era un precioso bote de aluminio con un hilo dorado en la línea de flotación.

—El bote está en el garaje —reveló el papá en el almuerzo—. El problema es que no hay cómo subirlo ni por el ascensor ni por la escalera, y en el garaje no hay más espacio disponible.

Sin embargo, la tarde del sábado siguiente los niños invitaron a sus condiscípulos para subir el bote por las escaleras, y lograron llevarlo hasta el cuarto de servicio.

—Felicitaciones —les dijo el papá—. ¿Y ahora qué?

—Ahora nada —dijeron los niños—. Lo único que queríamos era tener el bote en el cuarto, y ya está.

La noche del miércoles, como todos los miércoles, los padres se fueron al cine. Los niños, dueños y señores de la casa, cerraron puertas y ventanas, y rompieron la bombilla encendida de una lámpara de la sala. Un chorro de luz dorada y fresca como el agua empezó a salir de la bombilla rota, y lo dejaron correr hasta que el nivel llegó a cuatro palmos. Entonces cortaron la corriente, sacaron el bote, y navegaron a placer por entre las islas de la casa.

Esta aventura fabulosa fue el resultado de una ligereza mía cuando participaba en un seminario sobre la poesía de los utensilios domésticos. Totó me preguntó cómo era que la luz se encendía con sólo apretar un botón, y yo no tuve el valor de pensarlo dos veces.

—La luz es como el agua —le contesté—: uno abre el grifo, y sale.

De modo que siguieron navegando los miércoles en la noche, aprendiendo el manejo del sextante y la brújula, hasta que los padres regresaban del cine y los encontraban dormidos como ángeles de tierra firme. Meses después, ansiosos de ir más lejos, pidieron un equipo de pesca submarina. Con todo: máscaras, aletas, tanques y escopetas de aire comprimido.

—Está mal que tengan en el cuarto de servicio un bote de remos que no les sirve para nada —dijo el padre—. Pero está peor que quieran tener además equipos de buceo.

—¿Y si nos ganamos la gardenia de oro del primer semestre? —dijo Joel.

—No —dijo la madre, asustada—. Ya no más.

El padre le reprochó su intransigencia.

—Es que estos niños no se ganan ni un clavo por cumplir con su deber —dijo ella—, pero por un capricho son capaces de ganarse hasta la silla del maestro.

Los padres no dijeron al fin ni que sí ni que no. Pero Totó y Joel, que habían sido los últimos en los dos años anteriores, se ganaron en julio las dos gardenias de oro y el reconocimiento público del rector. Esa misma tarde, sin que hubieran vuelto a pedirlos, encontraron en el dormitorio los equipos de buzos en su empaque original. De modo que el miércoles siguiente, mientras los padres veían *El último tango en París*, llenaron el apartamento hasta la altura de dos brazas, bucearon como tiburones mansos por debajo de los muebles y las camas, y rescataron del fondo de la luz las cosas que durante años se habían perdido en la oscuridad.

En la premiación final los hermanos fueron aclamados como ejemplo para la escuela, y les dieron diplomas de excelencia. Esta vez no tuvieron que pedir nada, porque los padres les preguntaron qué querían. Ellos fueron tan razonables, que sólo quisieron una fiesta en casa para agasajar a los compañeros de curso.

El papá, a solas con su mujer, estaba radiante.

—Es una prueba de madurez —dijo.

—Dios te oiga —dijo la madre.



El miércoles siguiente, mientras los padres veían *La Batalla de Argel*, la gente que pasó por la Castellana vio una cascada de luz que caía de un viejo edificio escondido entre los árboles. Salía por los balcones, se derramaba a raudales por la fachada, y se encauzó por la gran avenida en un torrente dorado que iluminó la ciudad hasta el Guadarrama.

Llamados de urgencia, los bomberos forzaron la puerta del quinto piso, y encontraron la casa rebosada de luz hasta el techo. El sofá y los sillones forrados en piel de leopardo flotaban en la sala a distintos niveles, entre las botellas del bar y el piano de cola y su mantón de Manila que aleteaba a media agua como una mantarraya de oro. Los utensilios domésticos, en la plenitud de su poesía, volaban con sus propias alas por el cielo de la cocina. Los instrumentos de la banda de guerra, que los niños usaban para bailar, flotaban **al garete** entre los peces de colores liberados de la pecera de mamá, que eran los únicos que flotaban vivos y felices en la vasta ciénaga iluminada. En el cuarto de baño flotaban los cepillos de dientes de todos, los preservativos de papá, los pomos de cremas y la dentadura de repuesto de mamá, y el televisor de la alcoba principal flotaba de costado, todavía encendido en el último episodio de la película de media noche prohibida para niños.

Al final del corredor, flotando entre dos aguas, Totó estaba sentado en la



popa del bote, aferrado a los remos y con la máscara puesta, buscando el faro del puerto hasta donde le alcanzó el aire de los tanques, y Joel flotaba en la **proa** buscando todavía la altura de la estrella polar con el sextante, y flotaban por toda la casa sus treinta y siete compañeros de clase, eternizados en el instante de hacer pipí en la maceta de geranios, de cantar el himno de la escuela con la letra cambiada por versos de burla contra el rector, de beberse a escondidas un vaso de brandy de la botella de papá. Pues habían abierto tantas luces al mismo tiempo que la casa se había rebotado, y todo el cuarto año elemental de la escuela de San Julián el Hospitalario se había ahogado en el piso quinto del número 47 del Paseo de la Castellana. En Madrid de España, una ciudad remota de veranos ardientes y vientos helados, sin mar ni río, y cuyos aborígenes de tierra firme nunca fueron maestros en la ciencia de navegar en la luz. 🍃



Glosario

- ad hoc.** Adecuado o apropiado; es un latinismo.
- agreste.** Que pertenece al campo.
- alborozado, da.** Alegre.
- al garete.** A la deriva; llevado por el viento o la corriente.
- alquitarra.** Utensilio que sirve para destilar líquidos por medio del calor, compuesto por un recipiente donde éstos se hierven y un conducto por el que sale la sustancia destilada.
- aluvial.** Referido a un terreno, que se ha formado a partir de materiales arrastrados por corrientes de agua.
- arrancado, da.** Muy pobre.
- atisbar.** Mirar, observar con cuidado.
- avidez.** Realizar alguna acción con ansiedad o codicia.
- brío.** Espíritu, valor, resolución.
- calabrés, sa.** Que es de Calabria, región de Italia limitada por el Mar Jónico y el Mar Tirreno.
- carámbano.** Pedazo de hielo largo y puntiagudo.
- carcaj.** Caja o bolsa, en forma de tubo, para llevar flechas, abierta por arriba y con una cuerda para colgarla del hombro.
- cavilar.** Pensar de forma profunda y minuciosa sobre algo.
- condiscípulo, la.** Persona que estudia o ha estudiado con otra u otras bajo la dirección de un mismo maestro.
- cornalina.** Mineral de color rojo oscuro.
- crespón.** Tela fina de aspecto rugoso.
- de hito en hito.** Fijar la mirada en una cosa con mucha atención.
- desbrozar.** Quitar la maleza de un terreno.
- encabritar.** Enfadarse.
- en un santiamén.** En un instante.
- escarnecer.** Burlarse de alguien.
- esterilla.** Tejido grueso de paja que se pone en la entrada de un lugar.
- expósito, ta.** Referido a un recién nacido abandonado o entregado a un establecimiento benéfico.
- factótum.** Persona que desempeña toda clase de servicios en una casa o establecimiento.
- fulgor.** Resplandor o brillo.
- galera.** Embarcación con velas y remos.

- gozne.** Mecanismo metálico con que se fijan las hojas de las puertas y ventanas para que al abrirlas o cerrarlas giren sobre éste.
- hacinar.** Amontonar, acumular o juntar sin orden.
- hipnótico.** Medicamento que se da para causar sueño.
- jaquet.** Prenda exterior de vestir, con mangas y abierta por delante.
- mendrugo.** Pedazo de pan duro.
- metate.** Piedra rectangular ligeramente cóncava, con patas, que se utiliza para moler maíz y otros granos con un rodillo de piedra, llamado *metlapil*.
- Minerva.** En la mitología romana, diosa de la sabiduría y de las artes.
- paupérrimo, ma.** Que es extremadamente pobre.
- pella.** Masa que se une y aprieta, generalmente en forma redonda.
- percha.** Pieza de madera o metal con ganchos en los que se pone ropa, sombreros u otros objetos, y puede estar sujeta a la pared.
- popa.** Parte posterior de una embarcación.
- pozol.** Bebida hecha de masa de maíznixtamalizado con agua a la que pueden añadirse azúcar, cacao o leche.
- proa.** Parte delantera de una embarcación.
- pronunciar.** Referido a algo, que se hace más visible.
- reps.** Tela de seda o lana que se usa en tapicería.
- rubicundo, da.** Referido al rostro, que tiene un color rojizo.
- saeta.** Flecha.
- septentrional.** Perteneciente al norte o relacionado con él.
- sextante.** Instrumento astronómico que sirve para determinar la posición geográfica de un barco; está formado por un sector de círculo dividido en sesenta grados y un juego de lentes y espejos.
- tápalo.** Chal o rebozo.
- tenate.** Canasta hecha de palma.
- testa.** Cabeza.
- tórrido, da.** Que es muy ardiente o caluroso.
- trémulo, la.** Referido a algo, que se mueve o agita de forma semejante a un temblor.
- umbrío, a.** Referido a un lugar, que le da poco el sol.
- vahido.** Pérdida momentánea del sentido o desmayo.
- yuyo.** Hierba.

Bibliografía

- Alberti, Rafael (2003). "A la pintura" (fragmento; para esta edición con el título "Pintura"), en *Con la luz primera. Antología de verso y prosa (Obra de 1920 a 1996)*, edición de María Asunción Mateo, Madrid, Editorial EDAF (Biblioteca EDAF).
- _____ (1966). "Elegía" (fragmento; para esta edición con el título "Marinero en tierra"), en *Marinero en tierra*, Buenos Aires, Editorial Losada.
- Apollinaire, Guillaume (1984). "Llueve", en *Poesía*, versiones de Agustí Bartra, México, Joaquín Mortiz (Los nuevos clásicos).
- Asimov, Isaac (2015). "Cuánto se divertían", en *Cuentos completos I*, traducción de Carlos Gardini, Barcelona, Ediciones B.
- Auster, Paul (2015). "Efigies" (fragmento; para esta edición con el título "Alba"), en *Poesía completa*, traducción de Jordi Doce, México, Seix Barral.
- Baudelaire, Charles (2016). "El viaje" (fragmento), en *Las flores del mal*, traducción de Carlos Pujol, México, Austral.
- Baum, L. Frank (2019). "El guardián de las puertas" (fragmento), en *El maravilloso Mago de Oz*, traducción de Darío Zárate Figueroa, ilustraciones de Andrés López, México, Ediciones Castillo.
- Belli, Gioconda (2004). "Luciérnagas", en *Mi íntima multitud*, 2ª ed., Madrid, Visor (Visor de poesía, 511).
- Borges, Jorge Luis (2007). "El mono de la tinta", en *El libro de los seres imaginarios*, Madrid, Destino.
- _____ (2019). "Otro poema de los dones" (fragmento; para esta edición con el título "Mar"), en *Poesía completa*, México, Debolsillo.
- Bracho, Coral (2010). "Una avispa sobre el agua", en *Huellas de luz*, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Voz viva, 112).
- Bradbury, Ray (2015). "El verano del cohete", en *Crónicas marcianas*, traducción de Francisco Abelenda y Miguel Antón Rodríguez, Barcelona, Planeta.
- Brunetto (2000). "El camaleón", citado en *Bestiario medieval*, introducción, traducción y notas de Herederos de Ignacio Malaxecheverría, Madrid, Siruela.
- Cabral de Melo Neto, João (2003). "Tejiendo la mañana", en *La educación por la piedra*, edición de Pablo del Barco, Madrid, Visor.
- Campo, Ángel de (2007). "El Chato Barrios", en *Ángel de Campo*, selección y nota introductoria de María del Carmen Millán, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento contemporáneo, 1).
- Carroll, Lewis (2013). "El sueño del rey", en *Libro de sueños*, recopilación de Jorge Luis Borges, Madrid, Debolsillo.
- Castellanos, Rosario (1973). *Balún Canán* (fragmento; para esta edición con el título "El origen de las diferencias entre los mayas"), México, Fondo de Cultura Económica (Colección popular, 92).
- Chown, Marcus (2013). "¿Qué son los átomos?", en *Las grandes preguntas de los niños y las sencillas respuestas de los expertos*, compilación de Gemma Elwin Harris, Barcelona, Paidós (Contextos).
- Congrains Martín, Enrique (1982). "El niño de junto al cielo" (fragmento), en *El cuento hispanoamericano*, selección de Seymour Menton, México, Fondo de Cultura Económica (Colección popular, 51).
- Cuesta, Jorge (2010). "Tu voz es un eco, no te pertenece" (fragmento; para esta edición con el título "Voz"), en *Jorge Cuesta. Antología*, selección y presentación de Adolfo Castañón, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 12).
- Dickinson, Emily (2012). "El viento llamó con golpecitos", en *El viento comenzó a mecer la hierba*, traducción de Enrique Goicolea, Madrid, Nórdica Libros.

- Diego, Eliseo (1993). "En lo alto", en *La sed de lo perdido. Antología*, edición de Antonio Fernández Ferrer, México, Ediciones del Equilibrista.
- Dneprov, Anatoly. "Los cangrejos caminan sobre la isla". Guion de Luis Bernardo Pérez e ilustración de Richard Zela.
- Doré, Henry (1980). "Animales fabulosos y demonios" (fragmento), citado en Heinz Mode, *Animales fabulosos y demonios*, traducción de Carlos Gerhard, México, Fondo de Cultura Económica.
- Dumas, Alejandro (2019). *El conde de Montecristo* (fragmento), prólogo de Manuel Pereira, México, Editores Mexicanos Unidos. Adaptación de Laura Emilia Pacheco.
- "El alux del cenote" (1993). En *Así cuentan y juegan en El Mayab*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- "El gran cazo mágico" (1996). En *La largueza del cuento corto chino*, compilación, presentación y traducción de José Vicente Anaya, México, Universidad Autónoma del Estado de México (La abeja en la colmena, 6).
- Frías, José D. (2015). "Ambición" (para esta edición con el título "Gota de agua"), en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- García Márquez, Gabriel (1992). "La luz es como el agua", en *Extraños peregrinos: doce cuentos*, Bogotá, Diana.
- García Ponce, Juan (2008). "El gato" (fragmento), en *Juan García Ponce*, selección y nota de Eduardo Vázquez M., México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Cuento contemporáneo, 30).
- Howard, Len (1955). *Los pájaros y su individualidad* (fragmento; para esta edición con el título "La conducta de los pájaros"), traducción de Ernestina de Champourcin, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios, 102).
- Huidobro, Vicente (2003). "Triángulo armónico", en *Obra poética*, coordinación de Cedomil Goic, Madrid, AILCA XX (Archivos Unesco, 45).
- Juárez, Benito (2006). *Apuntes para mis hijos* (fragmento), transcripción paleográfica de María Elena Bríbesca Sumano y Benito Sánchez Ramírez, México, Gobierno del Estado de México-Universidad Autónoma del Estado de México.
- "La pequeña luciérnaga" (2004). En *Cuentos de todos los colores. Recopilación de relatos tradicionales de todos los rincones del mundo*, versión de Saowaporn Nakarungsu, recopilación de J.M. Ripoll y Aro Sáinz de la Maza, Barcelona, RBA.
- Lizalde, Eduardo (2005). "Pobre poeta" (fragmento; para esta edición con el título "Verso"), en *Nueva memoria del tigre. Poesía (1949-2000)*, 2ª ed., México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas).
- "Los cargadores del mundo" (2014). En *Cuentos populares mexicanos*, recopilados y reescritos por Fabio Morábito, México, Fondo de Cultura Económica.
- Machado, Manuel (2017). "Frutales" (para esta edición con el título "Verano"), en *Ahora que calienta el corazón. Poemas a las estaciones del año*, Madrid, Verbum.
- Monterroso, Augusto (2011). "El dinosaurio", en *Obras completas (y otros cuentos)*, México, Ediciones Era.
- Nandino, Elías (2015). "Crimen" (fragmento; para esta edición con el título "Caña de azúcar"), en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Navarrijo, Lourdes (2020). "Aves", en *Animales mexicanos, aves y mariposas*, México, Consejo Nacional de Fomento Educativo.
- Ocampo, Silvina (1986). "Chingolo", en *La naranja maravillosa*, Madrid, Ediciones Alfaguara.
- Ovidio (2007). *Metamorfosis* (fragmento; para esta edición con el título "El origen del mundo"), adaptación de José Cayetano Navarro López, ilustraciones de Beatriz Martín Vidal, México, Anaya (Clásicos a medida).
- Paz, Octavio (2004). "Carta de creencia" (fragmento; para esta edición con el título "Amor"), en *Obras completas. Tomo 12. Obra poética II (1969-1998)*, México, Fondo de Cultura Económica-Círculo de Lectores.
- _____ (2003). "Escrito con tinta verde" (fragmento) y "La calle", en *Libertad bajo palabra. Obra poética (1935-1957)*, México, Fondo de Cultura Económica (Letras mexicanas).

- _____ (2014). “Mi vida con la ola” (fragmento), en *Arenas movedizas*, ilustraciones de Gabriel Pacheco, México, Fondo de Cultura Económica.
- Peza, Juan de Dios (1893). “A México” (fragmento), en *Las glorias de México. Musa épica. Cantos a la patria*, México, Casa Editorial Maucci.
- Pineda Santiago, Irma. *Poesía*, recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/poemas-lenguas-indigenas-en-mexico.html> (Consulta: 4 de abril de 2020).
- Poe, Edgar Allan (2012). “El corazón delator” (fragmento), en *Cuentos macabros*, traducción de Julio Cortázar, ilustraciones de Benjamin Lacombe, Madrid, Editorial Luis Vives.
- Quevedo, Francisco de (1670). “A una nariz”, en *Poemas de Don Francisco de Quevedo Villegas, Cavallero de la Orden de Santiago, Señor de la Villa de la Torre de Juan-Abad*, tercera parte, Bruselas, de la Empronta de Francisco Foppens.
- Quiroga, Horacio (2008). “La abeja haragana”, en *Cuentos de la selva. Horacio Quiroga para niños*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Regino, Juan Gregorio. *Tikua xi sie / Caracoles cantores*, recuperado de <https://www.mexicodesconocido.com.mx/poemas-lenguas-indigenas-en-mexico.html> (Consulta: 4 de abril de 2020).
- Reyes, Aurora (2015). “Estudios en otoño” (fragmento; para esta edición con el título “Tejocote”), en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Rilke, Rainer Maria (2009). “Otoño” (fragmento), en *Rainer Maria Rilke (1875-1926)*, traducción y ensayo introductorio de Salvador Echavarría, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 52).
- Rojas, Gonzalo (1995). “Al fondo de todo esto duerme un caballo”, en *Antología de aire*, México, Fondo de Cultura Económica (Tierra firme, poetas chilenos).
- Sabines, Jaime (1991). “La luna”, en *Otro recuento de poemas (1950-1991)*, México, Joaquín Mortiz.
- Sahagún, Fray Bernardino de (1989). “De las serpientes y otros animales de tierra, de diversas maneras” (fragmento; para esta edición con el título “Tres culebras míticas”), en *Historia general de las cosas de la Nueva España*, numeración, anotación y apéndices de Ángel María Garibay K., México, Porrúa (“Sepan cuantos...”, 300). Adaptación de la Academia Mexicana de la Lengua.
- Sánchez Santiago, Celerina Patricia. “Viaje”, en Susana Bautista Cruz, “*Levantar la voz con la palabra*”: *Poesía de mujeres indígenas contemporáneas*, recuperado de <https://www.tierraadentro.cultura.gob.mx/levantar-la-voz-con-la-palabra-poesia-escrita-por-mujeres-indigenas-contemporaneas/> (Consulta: 23 de abril de 2020).
- Saramago, José (2001). *La flor más grande del mundo* (fragmento), traducción de Pilar del Río, ilustración de João Caetano, Madrid, Ediciones Alfabeta.
- Storni, Alfonsina (s/f). “Paz”, en *Las mejores poesías (líricas) de los mejores poetas*, Barcelona, Editorial Cervantes.
- Tablada, José Juan (2015). “Un mono”, en *Camino del haikú. Ensayos y poemas. Antología hispanoamericana*, selección de Agustín Jiménez, México, Ediciones El Tucán de Virginia-Secretaría de Cultura-Gobierno de la Ciudad de México.
- Tolstói, León (2017). “El león y el perrito”, en *Cuentos para niños*, traducción de Selma Ancira, México, Secretaría de Cultura.
- Tzu, Chuang (2007). “El sueño de la mariposa”, en *En frasco chico. Antología de microrrelatos*, selección, prólogo y notas de Silvia Delucchi y Noemí Pendzik, Buenos Aires, Ediciones Colihue.
- Victor Hugo (2013). *Nuestra Señora de París* (fragmento), vol. 1, traducción de Carlos R. De Dampierre, ilustraciones de Benjamin Lacombe, Madrid, Editorial Luis Vives.
- Villaurrutia, Xavier (2010). “Suite del insomnio” (fragmento), en *Xavier Villaurrutia. 15 Poemas*, selección y nota introductoria de Octavio Paz, México, Universidad Nacional Autónoma de México (Material de lectura. Poesía moderna, 15).
- “Wei Pang” (1979). En *No temer a los fantasmas. Relatos*, Pekín, Instituto de Literaturas de la Academia de las Ciencias Sociales de China-Ediciones en Lenguas Extranjeras.

Créditos iconográficos

- Mariana Alcántara, pp. 12, 71, 91, 102-103
Diego Álvarez, pp. 92, 94-95, 122-123
Israel Barrón, pp. 8, 10-11, 61, 112, 114
Patricio Betteo, pp. 115, 148, 151-153
Ángel Campos, pp. 13, 124-125, 128, 130-131
Julián Cicero, pp. 28-29, 62, 64-70, 98-99, 145
Juan José Colsa, pp. 14, 34, 36, 37, 42-43, 72, 74, 96-97, 126-127, 138-139
Julia Díaz Garrido, pp. 135, 146
Isidro Esquivel, pp. 30, 32, 54, 56-59
Jimena Estíbaliz, pp. 15, 83, 110-111
Ixchel Estrada, pp. 48, 84, 86-87, 105, 121
Ricardo Figueroa Cisneros, pp. 88-90
Claudia Legnazzi, pp. 38-39, 44-47, 104, 134
Claudia Navarro, pp. 16-25
Gabriela Podestá, pp. 26-27, 106, 109
Tania Recio, pp. 133, 137, 147
Luis San Vicente, pp. 116, 118-120
Mauricio Torres Rivera, pp. 40-41, 76, 78-82, 101
Cuauhtémoc Wetzka, pp. 33, 140, 142-143
Richard Zela, pp. 50-53

Colofón